MCD 2018

GRABADOS DE MARCIAL IBARRA,-MEXICO.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE E. AGUIRRE. STA, CLARA 16 - MEX,

Manuel José Othón, en su lecho de muerte. Oleo de Margarito Vela.

MCD 2018

MARZO DE 1907.

REVISTA MODERNA DE MEXICO

DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUETA.

UNA CARTA DE NOGALES A NERVO

Madrid, 17 de Enero de 1907.

Mi querido Amado Nervo:

Recluido por dolencias y murrias, no fuí al Ateneo para sentir un poco con usted y con *El duque Job*. Para privarme de este raro y exquisito goce, forzoso es que me halle como nuestro inmortal Don Francisco: «doliéndome el habla y pesándome la sombra.» Así es, pese á mi eclipsada voluntad.

Pero mientras usted y Gutiérrez Nájera herían con un arco de luz crepuscular los nervios del «ilustre senado,» fuíme muy resuelto á robar fruta, sin miedo á los códigos y demás cosas espantables, en ciertos plácidos y silenciosos «Jardines Interiores....»

También yo tenía derecho á gustar del oro pálido, del dulzor suave, de la mansa quietud de frondas verdinegras, bajo las cuales fluye el hilo de cristal de la Hermana Agua.

Y he visto, y he acariciado otra vez, la poma lejana de esos jardines de ensueño; la adorable cabecita de rizos de oro, que deja el hueco tibio y vacío en la almohada del tálamo. Ante esa ligera oquedad de nido abandonado, ó de sepultura blanca, se extiende el inmenso vacío.... Usted y yo conocemos á un altísimo poeta que supo encerrar en seis versos alados aquella triste inmensidad.

Hay quien hace jardines para que pasee la multitud dominguera, y luzca á todo sol los colorines de su alegría detonante y *achampanada*. Otros hacen sus jardines para la soledad; la santa soledad. Se entra en ellos casi furtivamente, y se habla en voz baja. Más que sensaciones, se buscan estremecimientos. Allí se siente uno aristocráticamente hermano de las cosas discretas, amables, calladas, ingenuas.

Pero hay que conocer la existencia de un sentido difuso y colectivo. En los senos vulgares hay un aposentillo semejante al tabernáculo abierto en los retablos barrocos, entre la hojarasca selvática y bárbara, amontonada por el mal gusto. A través de esa hacina de leña estofada de co

MCD 2018

bre, entra la Poesía, blanca y eucarística, en su sagrario.

Gracias á este refugio providencial, la belleza de «tono menor,» la intensa y clara y sencilla florescencia de los espíritus silenciosos y de las frentes pálidas que fijó el pincel del loco Domenico, no se pierde en el cenáculo íntimo de los elegidos. Cantará el ruiseñor de los jardines cerrados, en la quietud de la noche, sobre el ciprés ennoblecido con el arabesco de las cifras; pero su cántico rebasará los tapiales, y se confundirá en la onda libre y azul, con el cántico de la alondra.

Yo me explico los dos modos de la emoción, mediante un imaginario concepto muy primitivo:

El primer poeta que formó la luz, el estruendo y la vibración de cosas ardientes, quiso dar á los suyos la sensación del día; y con la piel sangrante de un onagro, hizo un tambor resonantísimo. El ritmo bárbaro engendró el cántico de las cosas fuertes. Llegada la noche, los hombres cayeron rendidos.

El primer poeta insomne, oyó gemir las cañas que el aura estremecía. Rompió un tallo, horadó sus nódulos, y haciendo lo que el aura serena, el alma y el viento se unieron en la dulzura de un sonido. No se perdió el cántico de las cosas suaves besadas por la plata de la luna, y agrandadas por la niebla azul de los misterios. Los hombres rendidos por el golpe duro de la piel de onagro, despertaban, se revolvían, aspiraban la melodía infinita de la noche....

El Ave hispana se fué por los mundos: anidó en selvas trágicas, en montañas vestidas de nieve y coronadas de fuego. De sus nidos salió la poesía varia y compleja como esas montañas, que vuelve con ustedes, á refrescar y entonar y reconstruir el viejo nidal de nuestro espíritu. Reciba usted este abrazo de un hidalgo agradecido; de un amigo y de un admirador, que ya no tiene ni sitio para firmar.

JOSÉ NOGALES.

MCD 2018

LA DUQUESA JOB

A Manuel Puga y Acal.

En dulce charla de sobremesa,
Mientras devoro fresa tras fresa
Y abajo ronca tu perro Bob,
Te haré el retrato de la duquesa
Que adora á veces el duque Job.

No es la condesa que Villasana
Caricatura, ni la poblana
De enagua roja, que Prieto amó;
No es la criadita de pies nudosos,
Ni la que sueña con los gomosos
Y con los gallos de Micoló.

Mi duquesita, la que me adora,
No tiene humos de gran señora:
Es la griseta de Paul de Kock.
No baila *Boston,* y desconoce
De las carreras el alto goce,
Y los placeres del *five o'clock*.

Pero ni el sueño de algún poeta,
Ni los querubes que vió Jacob,
Fueron tan bellos cual la coqueta

MCD 2018

De ojitos verdes, rubia griseta
Que adora á veces el duque Job.

Si pisa alfombras, no es en su casa;
Si por Plateros alegre pasa
Y la saluda Madam Marnat,
No es, sin disputa, porque la vista;
Sí porque á casa de otra modista
Desde temprano rápida va.

No tiene alhajas mi duquesita,
Pero es tan guapa, y es tan bonita,
Y tiene un cuerpo tan *v'lan,* tan *pschutt,*
De tal manera trasciende á Francia,
Que no la igualan en elegancia
Ni las clientes de Hélene Kossut.

Desde las puertas de la Sorpresa
Hasta la esquina del Jockey Club,
No hay española, yankee ó francesa,
Ni más bonita, ni más traviesa
Que la duquesa del duque Job.

¡Cómo resuena su taconeo
En las baldosas! ¡Con qué meneo
Luce su talle de tentación!
¡Con qué airecito de aristocracia
Mira á los hombres, y con qué gracia
Frunce sus labios— ¡Mimí Pinson!

Si alguien la alcanza, si la requiebra,
Ella, ligera como una zebra,
Sigue camino del almacén;
Pero ¡ay del tuno si alarga el brazo!
Nadie le salva del sombrillazo
Que le descarga sobre la sién.

¡No hay en el mundo mujer más linda!
Pie de andaluza, boca de guinda,

MCD 2018

Esprit rociado de Veuve Clicqot;
Talle de avispa, cutis de ala,
Ojos traviesos de colegiala
Como los ojos de Louise Theo!

Agil, nerviosa, blanca, delgada,
Media de seda bien restirada,
Gola de encaje, corsé de ¡crac!
Nariz pequeña, garbosa, cuca,
Y palpitantes sobre la nuca
Rizos tan rubios como el cognac.

Sus ojos verdes bailan el tango;
Nada hay más bello que el arremango
Provocativo de su nariz!
Por ser tan joven y tan bonita,
Cual mi sedosa, blanca gatita,
Diera sus pajes la emperatriz.

¡Ah! tú no has visto cuando se peina,
Sobre sus hombros de rosa reina
Caer los rizos en profusión!
Tú no has oído qué alegre canta,
Mientras sus brazos y su garganta
De fresca espuma cubre el jabón!

¡Y los domingos. . . ! ¡Con qué alegría
Oye en su lecho bullir el día
Y hasta las nueve quieta se está!
¡Cuál se acurruca la perezosa,
Bajo la colcha color de rosa,
Mientras á misa la criada va!

La breve cofia de blanco encaje
Cubre sus rizos, el limpio traje
Aguarda encima del canapé;
Altas, lustrosas y pequeñitas,
Sus puntas muestran las dos botitas,
Abandonadas del catre al pie.

MCD 2018

Después, ligera, del lecho brinca;
¡Oh, quién la viera cuando se hinca
Blanca y esbelta sobre el colchón!
¿Qué valen junto de tanta gracia
Las niñas ricas, la aristocracia,
Ni mis amigas de cotillón?

Toco; se viste; me abre; almorzamos;
Con apetito los dos tomamos
Un par de huevos y un buen beefsteack,
Media botella de rico vino,
Y en coche, juntos, vamos camino
Del pintoresco Chapultepec.

. . . . . .

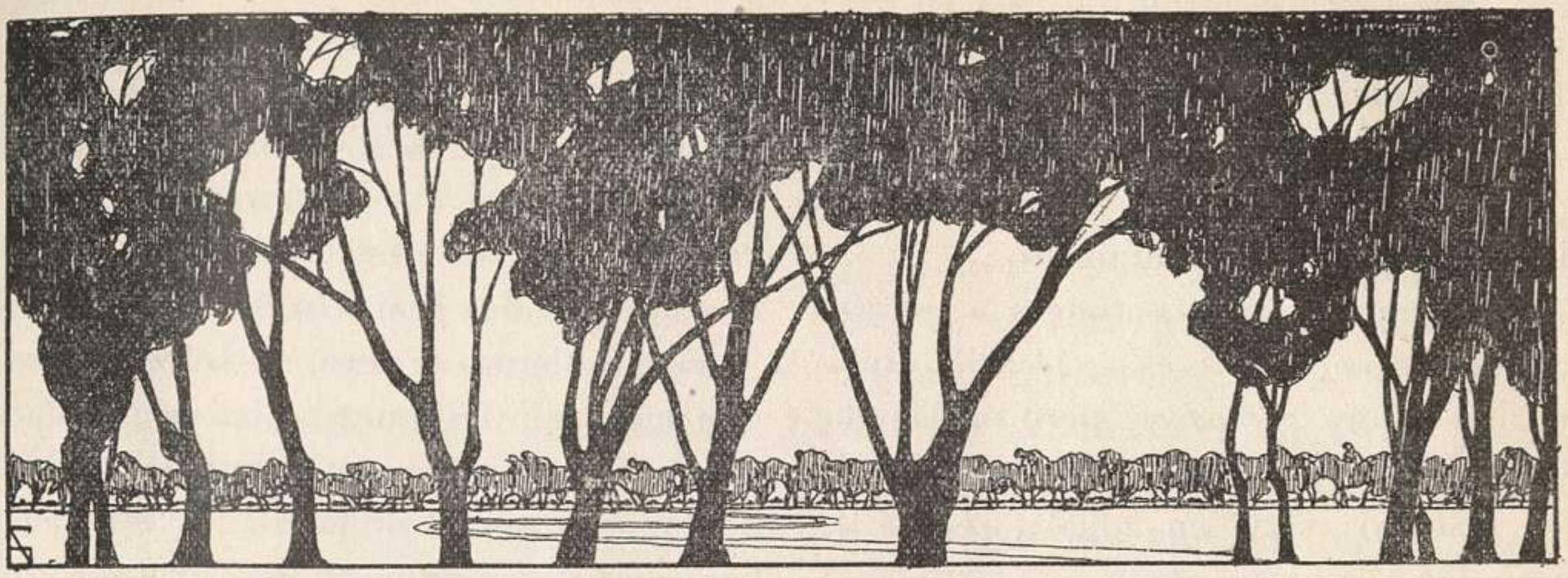
. . . . . .

. . . . . .

Desde las puertas de la Sorpresa
Hasta la esquina del Jockey Club,
No hay española, yankee ó francesa,
Ni más bonita ni más traviesa
Que la duquesa del duque Job!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

MCD 2018



EN EL ATENEO

LOS POETAS MEXICANOS

En el Ateneo hubo anoche fiesta grande.

La primera velada de las que para este año se anuncian, llevó al salón de actos un público tan intelectual como numeroso.

En dos partes se dividió la sesión: una, dedicada por Amado Nervo á enaltecer la memoria de su insigne compatriota Gutiérrez Nájera; otra, á la lectura de poesías del mismo Nervo, poesias que forman parte del libro *En voz baja*. . . . en vísperas de publicación.

En breves palabras, el autor de *Místicas* dió á conocer la personalidad del egregio traductor de *Rip Rip,* de Washington Irving, haciendo notar que ahora que en México se trata de erigir una estatua á Gutiérrez Nájera, la España intelectual, con su entusiasmo y su afecto, debe compartir el tributo dedicado por aquella nación al poeta que tan altos mantuvo los prestigios de la rima castellana.

Nervo leyó algunas poesías de Gutiérrez Nájera, que fueron muy aplaudidas. Entre otras, *Mariposas*, de hondo sentido filosófico, y *La duquesa Job,* admirable de donaire y de ironía.

Después de un breve descanso, se reanudó la velada, leyendo Amado Nervo varias de las suyas. Son éstas originalísimas y acusan, con gran relieve, un temperamento de poeta, pensativo y sentimental en extraño y singular maridaje.

Fueron todas saboreadas con religioso silencio y aplaudidas al final con ardoroso ímpetu.

Grande, muy grande, es Nájera; pero el máximo poeta mexicano es ese hombre menudo, complicado é interesantísimo que se llama Amado Nervo.

***

Copiamos la página que acaba de dedicar al pobre *Duque Job* en *El Nuevo Mer-*

MCD 2018

curio; una de las composiciones propias, anoche leídas, y la final de su reciente libro *Jardines Interiores.*

«Aun no se enfriaba el cuerpo del *Duque Job* cuando surgía ya en Méjico la idea de erigirle un monumento.

Yo, que empezaba entonces á escribir crónicas dominicales, esas crónicas dominicales ahora *demodées*, pero en las que Gutiérrez Nájera fué el más encantador de los maestros, serví en aquella región de portavoz á la idea.

Era preciso labrarle un busto de mármol blanco, *como una alcoba de virgencita;* un sonriente busto de mármol blanco, el cual, entre los arbustos y las flores de ese embelesador rinconcito de bulevar mejicano, que se llama la plazuela de Guardiola, vería el alegre desfile de los domingos por las calles de Plateros y San Francisco, qne forman la más elegante y agitada de nuestras arterias, *desde la esquina de la Sorpresa hasta las puertas del Jockey Club,* ¡cómo cantaban sus versos alados!

Claro que mi idea, nuestra idea, la idea de todo los que poniamos negro sobre lo blanco y éramos jóvenes, produjo un eco simpático. Pero el eco se fué extinguiendo en ondas cada vez más espaciosas, y el *Duque Job*, muerto en los comienzos del año de 1895, todavía no tiene estatua.

¡Qué poeta, por lo demás, tiene estatua en la capital de la República! Yo no sé de ninguno. ¡Estamos enojados con la gloria! Hay muchas pobres almas que nos hicieron la santa, la lírica limosna de sus versos y que aguardan aún el homenaje durable de un busto.

Mejicano fué el inmenso Juan Ruiz de Alarcón, y ni siquiera por orgullo nacional nos hemos reunido los que por allá escribimos —que somos legión— á fin de consagrarle un recuerdo.

Mejicana fué la *décima Musa* (por Dios, lectores de Francia, no vayáis á creer que la de Jorge Ohnet) y si hay una calle que lleva su nombre, mejor se debe al Gobierno que á los poetas, á quienes, sin embargo, de un modo más comprensivo ha tocado aquilatar el aristocrático ingenio de la admirable Sor Juana Inés.

A Guillermo Prieto, el *Romancero,* que supo, sin desfigurarla, hacer palpitar en sus versos simples y robustos la vida del pueblo, un Ayuntamiento le regaló una casa y sus admiradores una corona de plata, ¡como la de sus cabellos! Fué, además, honrado y querido, de suerte que en vida le pagamos nuestra deuda.

Pero á Gutiérrez Nájera se lo debiamos todo, ya que él se nos entregó por completo hasta morir en la empresa que se había impuesto de poner una sonrisa casta, elegante y discreta en la trivialidad de nuestra vida, indecisa aún y atareada, de pueblo joven. Se lo debiamos todo: la riqueza, que no pudimos darle, á él que era un aristócrata intelectual, lleno de comprensiones delicadas; la gloria á que tenía derecho y para la cual, nuestra patria, poco conocida aún, no era suficiente pedestal; el acatamiento, que no supo otorgarle nuestra indiferencia por la valía de su obra, indiferencia vestida de cortesía amable é insustancial.

Por esto, el común espíritu de justicia se ha sentido halagado al saber que va á erigirse por fin un monumento á Gutiérrez Nájera. En esta vez la idea ha venido del Norte de la República, de una provincia culta y rica, de Chihuahua, y en forma de carta á Jesús E. Valenzuela, el director de la *Revista Moderna.*

He aquí la carta:

«Sacramento, Agosto 21 de 1906.

Sr. D. Jesús E. Valenzuela.—México.

Querido amigo nuestro:

Los labriegos que firman esta carta, han

MCD 2018

pensado, que se debe erigir un monumento al *Duque Job* y han pensado también, que sea la *Revista Moderna*, naturalmente, la que acoja y lance la idea, y, por último, sugeriríamos que fuese levantado en la Alamada, ó mejor, en la Plaza de Guardiola. Caso de que usted reciba con entusiasmo este monumento, le hemos de estimar impulse el proyecto y lo lleve á feliz término. La *Revista* podría encargar á Ruelas de que consiga que alguno de los artistas mexicanos que estudian en París, haga el monumento.—Sus amigos,

Jesús E. Luján.—Julio Luján.—R. Guerrero.—José A. Ortiz.—Abraham Luján. —Luis Sotomayor.»

Habrá, quizás, quien al leer esta carta, á la cual la *Revista Moderna* ha dado amplia acogida y liberal publicidad, habrá, quizás —y esto no sorprendería mi escepticismo,— quien se pregunte, quién fué Gutiérrez Nájera, como hay ya quien se pregunta quién fué Martí ó Julián del Casal.

Y es que estos hombres murieron á tiempo,especialmente el *Duque*. Murieron cuando su época, cuando sus países ingenuos hasta entonces, se transformaban: el primero, México, para lanzarse resueltamente á la conquista del porvenir; el segundo, Cuba, para llegar, merced á varios dolorosos avatares, á no sé qué definitivos destinos.

La época aún cercana, tanto que podría llamarse *ayer,* en que vivió, trabajó y floreció el *Duque,* era propicia á la ensoñación, á la poesía, á las suaves y luminosas contemplaciones. Todavía aún se escuchaban los apóstrofes angustiosos de Acuña, preñados de energía filosófica y de duda lírica; aún vibraban los versos apasionados de Manuel M. Flores, que se recostaba con las amadas á la sombra del Cantar de los Cantares, y resonaban en el cielo claro en que se desvanecían los últimos himnos de las guerras civiles, las estrófas metálicas de Díaz Mirón, paladín y poeta, de ojos ardientes y melena alborotada, vuelto más tarde un modalizador, un técnico, un poeta lleno de pericias.

De entonces acá, ¡cuánta mudanza! Había muchos que leyeran versos; no nos daba aún por ser hombres tan serios (para el infantil orgullo nuestro, de ahora, el arte es menos serio que una mala traducción de Gustavo Le Bon).

Hoy nadie abre un libro de poesía, ni ama nadie á los poetas. Quedan unos cuantos abencerrajes del Ensueño, unas cuantas mujeres pálidas ó sonrosadas que os exigen una cuarteta en una postal. Los demás prefieren el automóvil.

En verdad, Fabio, los tiempos no son para esas saudades melancólicas que eran como un baño de luna para las almas.

Los poetas, virtualmente han muerto.... (yo creo que para transformarse). El *Duque Job* partió á tiempo. . . .

¡Cómo loar, por tanto, de una manera digna á ese *grupo de labriegos* que piensan en erigirle una estatua!

Tenia, pues, él razón, más razón que su tiempo, cuando dijo:

¡No moriré del todo, amiga mía!

¡Porque dignificó la poesía, porque la llevó por todas partes bien limpia, bien peinada, bien oliente; porque le puso una flor, fresca siempre, en el ojal; porque creyó que el poeta no debia cantar como los pájaros del bosque, sino sabiamente, cultamente; porque estudió y pensó, y halló que el estilo podia ser una piedra preciosa; porque siendo sabio y refinado, supo también ser diáfano, ingenuo, bueno; por todo esto, Gutiérrez Nájera merece la primera estatua —quizá la última— que en México habrá de levantarse á un poeta.

(«El Liberal,» de Madrid).

MCD 2018

CANTO DE AMORES Y DE BESOS.....

Para D. Jesús E. Valenzuela.

Me abruma la tristeza de las cosas que miro,
Y con mi fardo á cuestas sigo rutas piadosas,
Mientras vibran mis penas en un largo suspiro
Más triste que la inmensa tristeza de las cosas!

Voy solo. ¡No me importa! Al doblar la montaña
Daré con la divina Princesa de mis sueños;
Sé que sale á buscarme de su pobre cabaña
Y me esperan sus labios dulcemente risueños!

Es muy pobre mi Amada. Mas sabrá su riqueza
Cuando bese sus labios y sus manos liliales.
Es potente la savia que guarda su belleza
Y ha de dármela toda en mis horas nupciales!

MCD 2018

La quiero más que á esas cloróticas doncellas
De las grandes ciudades, porque es sincera y pura;
Porque el Sol es su amigo y quiere á las estrellas
Aurorales y es rica de vida y hermosura!

La quiero porque es buena, con bondad infinita,
Y ha de curarme todas mis ansias y mis penas,
Con la gloria del beso que en sus labios palpita
Y el fulgor de sus grandes pupilas nazarenas!

Saldremos de mañana. Vagaremos perdidos
En la gloria del campo, y nuestras almas, locas
Del gozo de su amor, en giros atrevidos
Juntarán nuestros ojos y unirán nuestras bocas!

Correremos descalzos por la verde floresta;
Y al pasar la ribera del riachelo travieso,
Hoyando el agua clara que alegre va de fiesta,
Le diré ansiosamente: ¡Amada, dame un beso!

Y en un sonoro beso se unirán nuestros labios;
Mojará el agua clara nuestras recias rodillas,
Y riéndonos del gozo que nos den sus cosquillas,
Sabremos de la vida mucho más que los Sabios!

Iremos al cercado florecido y verdoso
Donde estén los rebaños paciendo mansamente,
Y una vaca repleta, de un aspecto piadoso,
Nos dará la ventura de su savia potente!

Cantaremos el himno de la tarde, ¡oh Amada!
Me darás la caricia de tus besos traviesos;
Y enhebrando los ritmos de esa música alada,
Formaré un dulce canto: El canto de los besos!

Ya después en la noche, desatada la bruna
Y abundosa cascada que simula tu pelo,

MCD 2018

Oiremos quietamente y al amor de la luna
Los sencillos relatos que musite el abuelo!

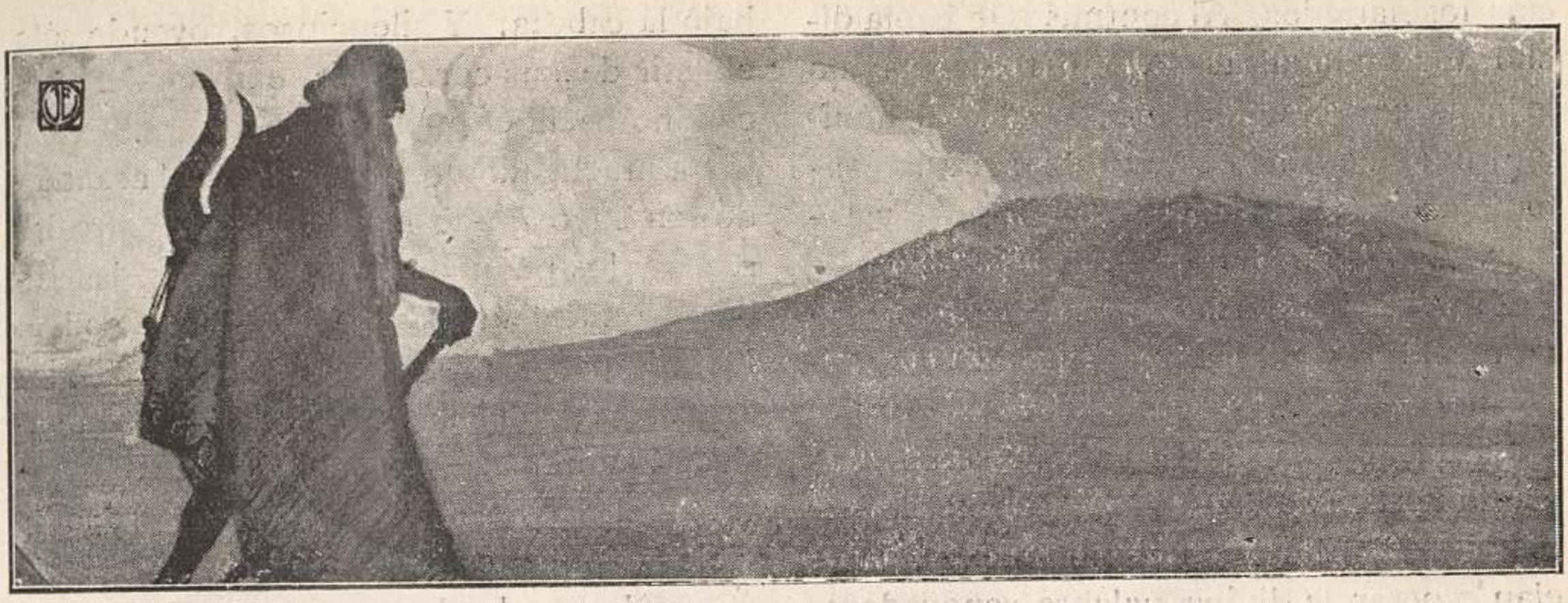
¡Oh bella Presentida! Te busco en mi camino
Con anhelo infinito. ¿Dónde está tu cabaña?
De la vida tediosa soy pobre peregrino. . . .
¡Subiré las veredas de tu agreste montaña!

Voy con mi fardo á cuestas. Mas no temas, ¡oh Amada!
Alcanzaré el refugio de tus brazos pulidos;
Abrevaré en el cáliz de tu boca rosada;
Sentiré la caricia de tus ojos rendidos;

Y unidas nuestras almas en divina harmonía,
Tendrán nuestros amores perenne primavera.
En tus ojos obscuros vibrará mi alegría. . . .
Y ocultará mis penas tu negra cabellera!

ÁLVARO GAMBOA RICALDE.

MCD 2018



RESURRECCION

Al atardecer se encontraron, de improviso, frente al mar. Ninguno de los dos había olvidado la lejana y juvenil comunión de sus almas. Se detuvieron turbados, palideciendo al estrecharse las manos.

Él, inclinándose galantemente, murmuró:

—Jamás creí volver á veros en estas remotas playas.

Y Carmina, con la voz débil, desfalleciente, mirándole fijamente con sus grandes ojos negros, empezó á narrar una larga historia de miserias: la muerte de la madre, y ella víctima de una penosa enfermedad del pecho. Los médicos la habían enviado á aquellas playas para restablecerse.

Y prosiguió sencillamente su camino, sin una palabra, sin una mirada donde aún palpitase la antigua conmoción.

Angel Silva se quedó pensativo, impresionado de pronto, violentamente, por el recuerdo de aquel amor lejano que surgió florido y bello como una primavera, para morir después en el cansancio de la ausencia, dejándole sólo una vaga nostalgia melancólica. Él, en sus luchas diarias con la Naturaleza, permaneció siempre ardiente y entusiasta. Carmina, en cambio, había salido de sus combates con el dolor, con el alma y el cuerpo enfermos, dominada por dos deseos vivísimos y contradictorios, igualmente fuertes. Poder vivir, librarse de la muerte, pero vivir sola con sus recuerdos, abandonada de todos, sin anhelar una caricia ó un beso, dedicada á la contemplación de cosas lejanas y dispersas. Hacia del dolor la única aspiración de su vida. Sólo de vez en cuando un hálito de deseo la agitaba, mostrándole todo el mal y la monotonía de aquella existencia sin ideales, presentando á su vista, turbia y fatigada, los espléndidos panoramas del amor, al cual debía aspirar como á una liberación suprema. Mas estos deseos duraban bien poco, volviendo á caer de nuevo en el silencio más grave y triste. ¿Quién podría darle la esperanza y la vida?

Angel Silva comprendió la infinita amargura de aquella pobre juventud que él amó en otros tiempos y que aun hoy deseaba hacer suya. ¿Mas cómo hacerse entender? ¿Cómo atraerla de nuevo á la vida y al amor? ¿Tendría el valor y las fuerzas necesarias para arrancarla de la obscuridad y mostrarle nuevamente á la belleza de las cosas?

Ella permanecía indiferente. Nada le impresionaba, ni la poesía del mar y de los altos montes nevados, en cuyas faldas flore-

MCD 2018

cían los naranjos. Al contrario, le había dicho, toda convulsa, que aquel espectáculo le cansaba. Y no era mezquindad del ánimo, no; su espíritu estuvo abierto á la contemplación de todas las cosas grandes y nobles. ¿Por qué, ahora, esta desilusión?

Y así, las dos almas sufrían silenciosamente, recelosas y cansadas, y sin embargo, anhelantes de vida.

La Primavera surgía en una exuberancia de flores, de luces y de estremecimientos vitales. Ellos, con el oído atento, parecían esperar la divina palabra renovadora.

——

—Mire, Carmina, cómo hoy está azul el mar y cómo el sol resplandece sereno.

Y el joven, sonriendo, le indicó la glauca é infinita superficie de las aguas.

—No os parece —prósiguió, agitando un ramo de oliva— que hay una perfecta harmonía entre todas las cosas exteriores, el sentimiento místico de esta fiesta, y lo que sienten ó debieran sentir nuestros corazones?

Carmina pareció asentir con la cabeza, y continuó al lado de él, mirándole febrilmente.

Fué breve el silencio.

—Usted —exclamó Angel— está ya bien. La Primavera la ha curado.

—Sí. Todo este verde, todo este azul y tanta luz y tantas flores, me han restablecido, según dice mi tía, que es, como usted sabe, un poco sentimental.

—Se olvidó del mar. . . . ¿No le parece hoy más bello que nunca?

La joven enrojeció, murmurando á *sotto voce:*

—Sí!

El mar es la poesía más bella. . . . ¿Lo entendéis?

—Hoy sí . . . . Acaso porque la fiesta de las palmas siempre me conmovió profundamente.

Angel se quedó pálido; esperaba otra respuesta, y mirándola obstinadamente, se atrevió á susurrar:

—Sólo por esto?

Carmina no pudo sostener la mirada, y bajó la cabeza. Y silenciosos, oyendo sólo el latir de sus corazones, emprendieron el camino hacia el pueblo.

La muchedumbre se agolpaba al acantilado, en cuyo fondo hervía el mar entre las rocas y los pequeños islotes. Sobre las cabezas ondeaban palmas y ramos de oliva. Las campanas repicaban á lo lejos. Todos los rostros reflejaban en su palidez una ansiedad suprema.

Angel Silva se aproximó á un grupo de viejos tripulantes de *parejas*.

—¡Oh, Juan! —le dijo á uno,— ¿qué pasa?

El pescador, antes de responder, miró de alto á bajo á Carmina, á aquella forastera demasiado bien vestida para mezclarse entre la gente del pueblo y comprender sus dolores.

—Las parejas del *Rayo* y de Luis se han perdido esta mañana entre las nieblas y nada se sabe de ellas.

—¡Pobres gentes! —exclamó Carmina.— ¿Hay peligro?

— Siempre es peligroso dar contra un escollo!

La joven quedó mortificada ante lo rudo de aquella expresión.

Bien podíais —añadió Angel— tratar con más respeto á esta señora!

El viejo, sorprendido por la violencia de aquellas palabras, miró á la joven con malicia, y quitándose la barretina, murmuró:

—Usted perdone, señora!

Y se perdió entre los suyos, fumando su larga pipa de barro.

Parte de la muchedumbre se aproximó á la iglesia. El sacro acto comenzaba. Desde el interior, la voz grave de los cantores entonaba:

—*Gloria laus et honor tibit sit. Rex Criste Redemptor.*

El coro repetía con fuerza:

—*Gloria laus et honor tibit sit. . . .*

Todo aquello parecía esperar al gran Redentor de almas y de conciencias.

¡Ah! poder probar esta redención, sentirse amada por alguien en medio de aquella fiesta de música y bondad de la Naturaleza!

Ella miró desesperadamente á Angel Sil-

MCD 2018

va, y pareció leerle en el rostro el mismo deseo.

Las manos se oprimieron nerviosamente. Carmina tuvo que hacer un esfuerzo inaudito para no arrojarse en sus brazos y gritarle:

—¿Me has comprendido?

El coro calló. Los cantores de la iglesia continuaron dulcemente:

—*Hi plaucere tibi, placeat devotio nostra, Rex bone, Rex clemens cui bona cuncta placent.*

La voz del órgano preludió una marcha triunfal. Las puertas se abrieron y los fieles comenzaron á entrar en la iglesia, salmodiando:

—*Cum ramis palmerum Hossanna clamabant in excelsis*

De pronto un grito poderoso resonó en la ribera:

—¡Las parejas! ¡Las parejas!

Pocas personas penetraron en el templo. Las más volvieron á la playa, agitando las palmas, llamando á grandes voces á los que regresaban. Las parejas avanzaban majestuosas, desplegadas las velas á las suaves brisas de la mañana. Un monaguillo escapado de la iglesia, balanceaba encaramado á una roca, el turíbulo, derramando blancas nubes de incienso, que iban á perderse en el azul profundo.

Carmina oprimía aún entre las suyas las manos de Angel.

—¡Carmina, Carmina! —exclamó éste, hundiendo casi el rostro en la olorosa cabellera amada.— Si un día penetrases de mi brazo en esta iglesia, y yo te preguntara si me amaras, ¿qué dirías?

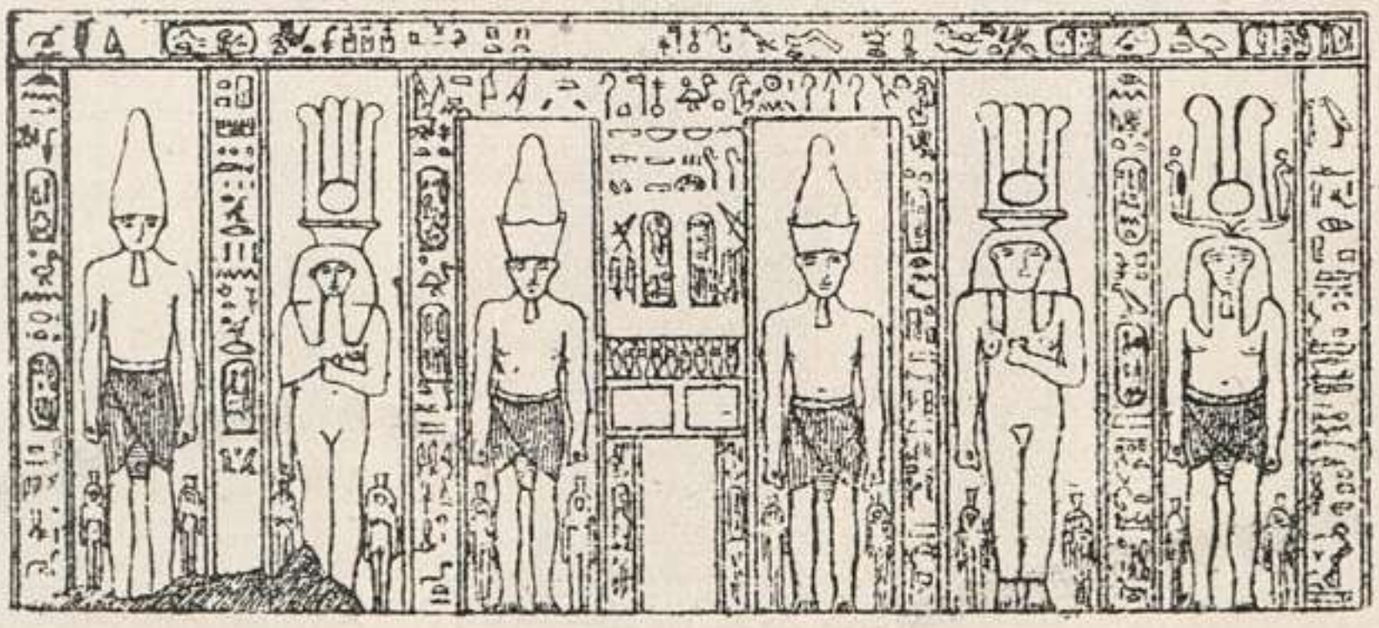
Ella le retiró las manos, y mirándole fijamente, le gritó con toda el alma:

—¡Qué si!

Sus corazones palpitaron por fin de amor, junto á aquella muchedumbre ruda, entre las palmas de triunfo y las olivas de paz levantadas en alto, delante del mar infinito y bello, donde las naves avanzaban con las velas desplegadas, como símbolos santos de esperanza y redención.

CLEMENCIA ISAURA.

Madrid.



MCD 2018

Don Pedro de Alvarado.

MCD 2018

DON PEDRO DE ALVARADO

Es arrogante y bravo el guerrero español
Que para los aztecas fué la imagen del sol:

Con su gentil figura, con su labio altanero,
Muestra un bizarro y noble tipo de aventurero;

Su barba y sus cabellos son rubios, y á pesar
De esa color, heraldo de su blasón solar,

Es demoniaco el bello caudillo Tonatiú,
Pues tiene la soberbia beldad de Belcebú.

Ya con la artera astucia de la serpiente mira,
Ya su orgullosa frente se nubla con la ira,

Y entonces —él conoce lo que es su corazón—
Comete desafueros y ultraja la razón;

Embiste con arrojo y acecha con recelo,
Es un príncipe como los quiere Maquiavelo.

MCD 2018

Luce en el cinto pomo de daga traicionera,
Y bajo sus arreos de gala, y su ligera

Malla, se esconden formas esbeltas y viriles,
Pues lucha como Hércules y salta como Aquiles;

Su pecho, inquebrantable cual las corazas duras,
Arde en perenne anhelo de gloria, de aventuras,
De satrapesco lujo, de alhajas deslumbrantes.
Fascinadores naipes y lúbricas amantes,

Y así en el mar las velas, en su iracunda vista
Veloces atraviesan afanes de conquista.

A impulsos de la fiebre que le hinca su acicate
Ya sueña en Atahualpas que entreguen en rescate
Riquezas de que traiga cargado su bajel;
Ya locos pensamientos le vienen en tropel

De las esplendorosas ciudades de Cibola
Y de Quiviria, extraño país en que por sola

Materia el oro existe; ó de Cathay remoto
Y de Cipango rico busca el camino ignoto,

O va en pos de las Indias, que oculta el mar inmenso,
Donde el marfil abunda y el oloroso incienso,

Tornasolados chales, ligeros como tela
De araña, y perfumadas virutas de canela.

No hay brida á los arranques ni vallas al denuedo
De aquel audaz caudillo sin lástima ni miedo;

MCD 2018

De aquel aventurero sin compasión ni ley
Que infringe los mandatos que vienen de su Rey,

Que á su voraz codicia no conociendo diques
Les rasga las narices á atónitos caciques

Por un pendiente de oro, y en sus arrestos crueles,
Tras los inermes indios azuza sus lebreles.

Soldado sin entrañas, ni indulta ni perdona,
Pero si fué más duro que su misma tizona,

En toda su existencia fulgura el resplandor
De una divina estrella, la estrella del valor,

Y viendo de la muerte venir la hora suprema
Lanza un destello, digno de la más pura gema:

Debátese en el lecho pronto á rendir la vida,
Y como le interrogue con habla conmovida

Un capitán, «¿Qué os duele, Señor Adelantado?»
No es en la herida espalda y el cuerpo lastimado

Donde el dolor sus golpes con impiedad le asesta,
Porque entre tristes ayes, «el alma» le contesta.

Quizás en ese instante postrero lo acongoja
El no morir el pecho pasado por la hoja

De noble espada; acaso cruzar enfrente mira
Las víctimas dolientes segadas por su ïra;

Tal vez al contemplarse maltrecho é impotente
Para cubrir con nuevos lauros su altiva frente

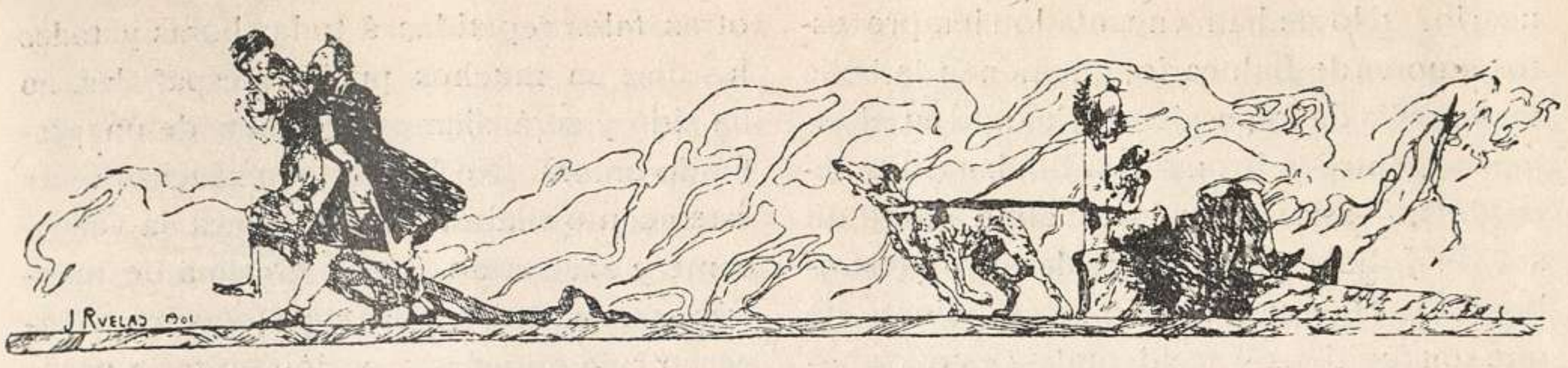
MCD 2018

Y conquistar más tierras con su invencible arrojo,
Del punzador despecho siente el agudo abrojo;

Quién sabe, mas los siglos no apagan el acento
De ese profundo grito de humano sufrimiento.

EFRÉN REBOLLEDO.

MCD 2018



LAS HEROÍNAS

DE

LA BELLA NOVELA REALISTA

I

La hermana San Sulpicio

Todos hemos conocido en nuestra clara calle, en nuestra pequeña ciudad, á estas simpáticas heroínas de novela realista que, no por ser arrancadas á la agitación de la vida vivida, son menos interesantes y sublimes que las fulgentes heroínas del romanticismo, vueltas de espaldas á la vida, siempre en éxtasis, arrobamientos y deliquios; frenéticas, ultrahumanas, pisando sobre nubes vaporosas y rodeadas de aureolas de luz..... Estas otras, por el contrario, las vemos tal vez cotidianamente; acaso las hemos tratado; quizás las frecuentamos en visita..... Y sin embargo, ¿quién no ha soñado alguna vez con Safo, la amante ideal, con Sor Filomena y, sobre todo, con esa maravillosa Emma Bovary, de la que es digna hermana Luisa, la del *O Primo Basilio?*.... Yo quiero hablaros ahora un poco de estos conmovedores seres; y porque sería muy dilatado realizar una enumeración de todas las bellas cualidades de estas humildes y consuetudinarias heroínas novelescas, haré una selección, prefiriendo siempre las de novela española. Hablaré también de alguna novela americana que tiene bellas figuras de mujer representativas: tal la *María* de Isaac y la *Amalia* de Mármol.

***

¿Quién no conoce á la hermana San Sulpicio? Todos hemos intimado con ella, si no en el libro del maestro admirable, en la realidad vera y pura, donde alguna vez hemos tropezado con esa morenilla vivaracha y graciosa, más salada que correcta, y menos hermosa que bonita. El autor de *Maximina* nos dice que «era una joven de diez y ocho á veinte años, de regular estatura, rostro ovalado de un moreno pálido, nariz levemente hundida, pero delicada, dientes blancos y apretados, y ojos, como ya he dicho, negros, de un negro intenso, aterciopelado, bordados de largas pestañas y un leve circulo azulado.» Estamos en Marmolejo; en un simpático é insignificante Bal-

MCD 2018

neario. ¿No os han encantado siempre estos amores de Balneario, que tienen la bella melancolía de lo pasajero? Cuando en el invierno, entre la bruma y la llovizna, los recordéis, —será en vuestra alma como un sol de Julio sobre las nieblas de Diciembre. . . . Hay en ellos el presentimiento de que son fugitivos y accidentales; esto los hace más gratos á vuestros ojos. Procurad siempre, en cuanto á vuestros recursos alcance, bien á la manera dominadora de Don Juan, ya en el modo humilde de otros insignificantes seres, enamorar niñas bonitas en los balnearios y en las playas, donde vayáis por cuidar de vuestra salud, ó por subvenir á vuestra diversión. . . . Vosotros, pasado Septiembre, os marcharéis quizás á la enorme capital del reino, donde habéis afincado; estas niñas se irán también á sus respectivas provincias —á Burgos, á Valladolid, á Valencia, á Zamora, á Segovia; y vosotros tendréis la complacencia de pensar que tal vez en los fastidiosos domingos de invierno —acaso en los días de pontifical, cuando vayan á la misa mayor de la basílica, —una adolescente rubia ó morena (como vosotros más las améis) á quien conocisteis en una playa del litoral del Norte ó en un establecimiento termal hundido entre montañas, se acuerda con agrado de vosotros, los terribles y fantásticos chicos que estáis estudiando en Madrid. . . .

Las primeras palabras que oímos á la hermana San Sulpicio, son unas palabras vulgares y corrientes. Está tomando agua con sus compañeras; y preguntando el patrón de la fonda si ha bebido ya, ella contesta:

—Lo de siempre, dos deditos. . . .

Y no obstante su insignificancia, ya vemos aquí un poquito de la gracia de la mujer española, y en particular de la mujer andaluza, como más meridional; un poquito de esta «sal y pimienta,» con que Gabriel D'Annunzio resumía el encanto de nuestras compatriotas en una de sus más célebres novelas. —Lo de siempre, dos deditos..... ¿Qué os sugiere esta breve frase, si sois soñadores? ¿La simple emisión de voz, al pronunciar, arrastrada y ceceante, esta frase y otras tales repetidas á todas horas y todos los días en muchos pueblos españoles, no ha sido y será siempre germen de un profundo amor? ¿No ha bastado muchas veces este acento silabeado, mimoso, á la vez picante y azucarado, como el alma de nuestras amadas muchachas españolas, para despertar una entusiasta pasión en todo pecho bien nacido? ¿No os sentisteis emocionados al oir muchas veces estas frases triviales, que producen un efecto sedante y bueno en vuestra alma agitada, al salir de boca de Lola, de Carmen ó de Rosario? . . . ¿Las oisteis acaso en una excursión campestre, ó en una noche de iluminación, ó en una solemnidad popular, sin que vuestra alma quedase turbada? . . . .

El buen maestro del humorismo y del sentimiento nos hace ver después, cómo se acercó cortésmente á besar el crucifijo de la monja que ejercía oficios de superiora. «Si ese libro ha de ser un relato ingenuo ó confesión de mi vida —nos dice, con su encantadora ironía, que más bien parece una terneza que una sátira, y un halago que un pinchazo,— debo declarar que al inclinarme para besar el crucifijo de metal, no creo haber obrado solamente por un impulso místico; antes bien, sospecho que los ojos negros de la hermana joven, atentamente posados sobre mí, tuvieron parte activa en ello.» Más tarde, cuando ya la pasión, por la hermana San Sulpicio va cristalizando en el pecho de Ceferino Sanjurjo, viene la descripción —hasta donde cabe en cosas tan indescriptibles como éstas— de su gracia armónica y total, de esa inefable cosa que se llama la gracia, que chispea en los ojos y llamea en las bocas, y da coloración á los semblantes, y hasta una esbeltez y como una lánguida quebradura al contorno de los cuerpos. ¡Esta gracia, que es algo espiritual y ultrasensible, y destella, sin embargo, en lo corporal y en lo físico! ¡Esta gracia que, siendo algo interior, se transmite como una irradiación al exterior, según ha comprendido el maestro, que lo expresa con singular delectación en este bello párrafo que va á seguir!. . . . «Era una gracia provocativa

MCD 2018

y seductora que no residía precisamente en sus ojos vivos y brillantes, ni en su boca, un poco grande, fresca, de labios rojos, que á cada momento humedecía; ni en sus mejillas tostadas, ni en su nariz levemente remangada; estaba en todo ello, en el conjunto armónico, imposible de definir y analizar, pero que el alma ve y siente admirablemente. Esta armonía, *que acaso sea resultado del esfuerzo constante del espíritu sobre el cuerpo, para modelarlo á su imagen,* observábase igualmente en todos sus movimientos, en el modo de andar, de emitir la voz, de accionar; pero su última y suprema expresión se hallaba indudablemente en la sonrisa. ¡Qué sonrisa! Un rayo esplendente de sol que iluminaba y transfiguraba su rostro como una apoteosis.»

¿No os tienta la novela con su encantador argumento? ¿No corre ya desatada vuestra imaginación al saber que se trata de una monja? ¿No os ha pasado nunca enamoraros de una monja, y más de estas seductoras monjas españolas, cuya vocación reside muchas veces en un desengaño de amor, ó que guardan como un secreto los móviles de su profesión; un secreto que se transparenta á veces en una trémula mirada de sus ojos?. . . . No es posible que alguien, con imaginación de poeta y fantasía de meridional, no haya estado alguna vez con la mente asediada por las blancas tocas, bajo las cuales se encuadra el gracioso rostro moreno mate. . . . El maestro nos lo dice con sus palabras mansamente irónicas: «Yo tengo un temperamento esencialmente lírico, como he tenido el honor de manifestar, y todos adivinarán fácilmente los estragos que una idea semejante puede hacer en tales temperamentos. No hay joven poeta que no haya soñado alguna vez con enamorar á una monja y escalar las tapias de su convento en una noche de luna, tenerla entre sus brazos desmayada, bajarla por una escala de seda, montar con ella en brioso corcel, y partir, raudos como un relámpago, á través de los campos, á gozar de su amor en lugar seguro. No sé si este sueño poético está inspirado por el espectáculo del *Don Juan Tenorio*, ó si nace espontáneamente en los corazones líricos; pero ninguno de ellos me negará que lo ha tenido, y yo el primero.» Y si todo el que tenga la fantasía un poco calenturienta, ha soñado alguna vez con el galanteo de una monja, como aquel que le tocó iniciar á Ceferino Sanjurjo, ¿no se acrecerá este entusiasmo cuando se trata de una *monja barbiana?* ¡Una monja barbiana! ¿comprendéis lo bello de este adjetivo, genuinamente andaluz? ¿Qué querrá decir una monja barbiana, sino una monja seductora, salada, graciosa, que está á partir un piñón con sus votos y con su regla monacal? Pues sabedlo, para que se centuplique vuestro éxtasis: la hermana San Sulpicio era lo que llamaremos una monja barbiana. Bien nos lo hace ver el maestro, cuando nos enseña que en cierta ocasión bailó unas seguidillas y cantó unas peteneras ante su adorador Sanjurjo y su pretendiente por la espalda, el malagueño Daniel Sánchez, junto con el patrón, la madre y la otra hermana. Oid esta copla de intención picaresca:

A mi suegra, de coraje,
le he echao una maldición,
que se le pierda su hijo
y que me lo encuentre yo.

¿No veis aquí á la mujer andaluza, mejor diríamos, á la mujer española, llena de apasionado sentimiento y contenida, sin embargo, en sus expansiones por atavismos de educación semi-arábiga?. . . . De donde dimana su duplicado encanto; la esquivez exterior, asistida por la ardencia interior, hacen bien resaltar su contraste. . . . Esta copla desgastada y popular, la hermana San Sulpicio la ha cantado. Convendréis en que estamos ante una monja barbiana. Su prima, Sor María de la Luz, se resiste; la madre Florentina, aunque lo consiente, protesta al fin: sólo permanece serena, y á la vez provocativa esta inquietante criatura que en el siglo se llamó Gloria Bermúdez. Esta otra copla, más sentida, la canta ella también:

MCD 2018

La Virgen de la Esperanza,
la que se adora en San Gil,
Cristo de la Expiración!
aquella señora sabe
lo que he llorado por ti....

Este desgarrado lamento de petenera, esa canción que sale de las bocas á fragmentos, cortada, abrupta, interlocúa, como si la garganta estuviese trémula, al igual del espíritu, ¿no os da idea de una gran alma, del alma que anima á la mujer española?. . . . ¡Cuántos bajos fondos de ternura y de apasionamientos, ocultos á nuestra mirada, velados por la aparente hostilidad en que nuestra educación coloca á los dos sexos, frente á frente! Pero los dramaturgos de *último grito,* tienen *bello hacer*, como diría un castizo escritor francés, comedias en que se coloque á un componente del matrimonio como *adversario* del otro, dadas nuestra actual educación y nuestras instituciones; lo cierto es que los feministas á ultranza, se verían en un apuro difícil para arreglar la sociedad de una manera que lograse diferenciar más poéticamente que ahora lo están las relaciones entre los dos sexos.

Volvemos á encontrarnos con la hermana San Sulpicio en Sevilla. Ya aquí, vemos á Ceferino Sanjurjo, *preparando el bloqueo.* Pon fin, un día manda una carta por esa cigarrera Paca, que es otro genuino tipo de mujer andaluza. Al poco tiempo recibe una esquela. *No contenía más que dos renglones,* dice con cierta melancolía el maestro. Pero estos dos renglones constituyen una de las más bellas muestras de cariño que puede dar una linda mujer. Son concisos y trémulos, lacónicos y vibrantes, como todo lo grande. «Sigu : usted tan gitanillo como antes. Después que salga del convento hablaremos.» ¿Habéis visto un billete amoroso más ideal y más conmovedor? Esta simple frase: «Sigue usted tan gitanillo como antes. . . .» ¿No os sugiere la idea de vivir esa vida para gustar en un momento dado de ese deleite? Este es el distintivo de toda bella novela realista: cuando se sublima, sus episodios nos inspiran deseos de vivir otras vidas que no son las nuestras. «Sigue usted tan gitanillo como antes;» ¿no veis aquí, en esta zalamera frase, todo el cariño y el apasionamiento de esta mujer española? Con razón decía un viajero observador, que para novia sólo buscaría una mujer en España ó Italia; para amante, una francesa, y para esposa, una inglesa ó alemana.

El más bello episodio de la novela es, quizás, el que describe la excursión marítimo-campestre, después de la cual Gloria y Sanjurjo se reconcilian de las rencillas surgidas entre ellos por celos que la ex-monjita quiso dar á su adorado con el malagueño Daniel Suárez, en vista de que aquél (creía ella) frecuentaba asiduamente y hasta hacía la corte á una muchacha de las de Anguita. Hay en este capítulo un sinnúmero de bellezas inefables. Tres ó cuatro frases resaltan luminosas. Cuando Isabel inicia la reconciliación, les dice:—Sanjurjo, mi opinión es que debe concluir *eso* que hay entre Gloria y usted. Ustedes se quieren, ¿por qué han de pasar el tiempo en monerías?. . . . «¡Pasar el tiempo en monerías! comenta con júbilo el maestro. Declaro que nada me ha parecido, ni antes ni después, tan convincente como esta sencilla proposición.» Nada, añadiremos nosotros, ni la teoría de la gravitación, ni el axioma de que el orden de los factores no altera el producto, ni la hipótesis de que el aire está compuesto de oxígeno y ácido carbónico, tiene tan perfecta é íntegra veracidad y á nada debe prestarse tan rendido asentimiento como á esta sencilla afirmación: que no se debe andar en monerías con una novia á quien se quiere y que nos quiere. . . . Otra delicada frase es la de Gloria, cuando Sanjurjo, viendo que se asusta y echa á correr ante el aluvión de frases «incoherentes, apasionadas, estúpidas,» le pregunta: —Gloria, ¿sigues enfadada conmigo? «Por toda contestación —nos declara el admirado Palacio Valdés,— se llevó el dedo á los labios y exclamó con fingido enojo: —Cargante, ¿no tenías tiempo á decirme esas guasitas cuando estuviéramos solos?. . . .» Con un rasgo, el maestro nos da hecha la fisonomía moral de la

MCD 2018

mujer española, que, apasionada por temperamento y cohibida por la educación y por las buenas formas, que le ordenan mucho comedimiento en sus palabras y actos, se ve obligada á manifestar su amor hasta con insultos. . . . . Y ved después también un atisbo del hondo espíritu de la mujer meridional, que se resiste á mostrar el interior de su alma, no por temor al ridículo, como ocurre en el Norte, sino por temor á la afrenta de una sociedad que exige á la núbil el mayor recato en la expresión de sus emociones. Cuando, viéndola llorar, Sanjurjo le pregunta el motivo, Gloria, «levantando la frente con los ojos nublados de lágrimas y sonrientes á la vez,» le contesta: —Vete, payaso, vete! No quiero que me veas llorar. . . . Aquí tenéis á la mujer española, separada en sus afectos como en su método de vida del sexo viril, anhelando quizás más por eso su comunicación; aquí la tenéis, en esa mujer apasionada, «sonriendo entre lágrimas,» como la Andrómaca de Homero. Por este fatalismo de nuestra educación femenina, que veda la manifestación violenta de las más hondas emociones anímicas, es por lo que nos produce un efecto casi mágico el episodio del último capítulo, cuando Sanjurjo y Gloria, ya casados, van á visitar á las madres del colegio donde ésta llevó los hábitos. Las buenas monjitas vacilan primero en reconocer á Gloria; y después que acaban por recordar de ella, la miran con el recelo y la desconfianza naturales, en quien ve apartarse á otro del camino que él sigue y que juzga recto. Gloria les dice: «—¿No saben vuestras caridades que me he casado? Las hermanitas soltaron la carcajada. —¡Ay qué hermana! ¡Siempre de tan buen humor! exclamó la superiora.—Sí, madre, me he casado hace un mes y tres días, con este buen mozo que ustedes ven delante . . . . No tiene más que un defecto —añadió poniéndose triste,— y es que es gallego. . . . Pero no lo parece, ¿verdad? —¡Qué hermana! volvieron á exclamar algunas monjitas —¡Qué gracia tiene! ¡Pues no dice que se ha casado!. . . . ¡Lo que no se le ocurre á ella!. . . . . —¡Qué! ¿No quieren vuestras caridades creerlo? Las caridades siguieron riendo, arrojándome miradas penetrantes y maliciosas.—¡Pues ahora mismito se van ustedes á convencer! exclamó mi esposa con arranque. Y echándome al mismo tiempo los brazos al cuello, comenzó á darme sonoros besos en la mejilla, diciendo: — Rico mío, ¿no es verdad que eres mi mariito? ¿No es verdad que soy tu mujercita? ¿No es verdad que estamos casados? ¡Dí, corazón! ¡Dí, vidita!. . . . . » ¿No veis en estos arranques tan andaluces á la misma chiquilla alocada, traviesa y barbiana, que en el colegio inventaba burlas originales para las beatíficas hermanas? Esta travesura, este desparpajo, ¿no son un encanto indiscutible de la mujer española?. . . .

Pero es quizás lo más encantador y arrullante de la novela, lo que en el capítulo antes nombrado le dice Gloria á su novio:

—¿Por qué me has hecho sufrir tanto? le pregunta éste.

Y contesta ella sin falsos alardes, modestamente con emoción contenida:

—También yo he sufrido, calla. . . .

En verdad os digo que este es uno de los más munificos regalos que la avara vida puede hacernos y una de las más insensadoras y confortantes palabras que nos puede prodigar una boca querida. Vosotros sois ahora, ¡oh amables compañeros de tristezas y de conflictos! unos simplicísimos estudiantes, de Leyes, ó de Medicina, ó de Farmacia, que gustáis de jugar al billar y de ir á los toros y de tener una novia modista. Los hombres graves, sensatos, circunspectos y maduros, aparentan desdeñaros, porque no tenéis representación y por vuestra informalidad: y cuando os ven pasar por las calles, riendo fuertemente, hablando á gritos, acosando á muchachas de vuestra edad, estos hombres terribles, que son ministros, que son diputados, que son autoridades, os miran despectivamente ó no os prestan atención, reclinados en sus landós; sin embargo, una duda interior debe roerles; un recelo diminuto y escociente como un gusanillo, de que vosotros los arrojaréis de esos coches, precipitándolos en el hueco de una fosa helada.

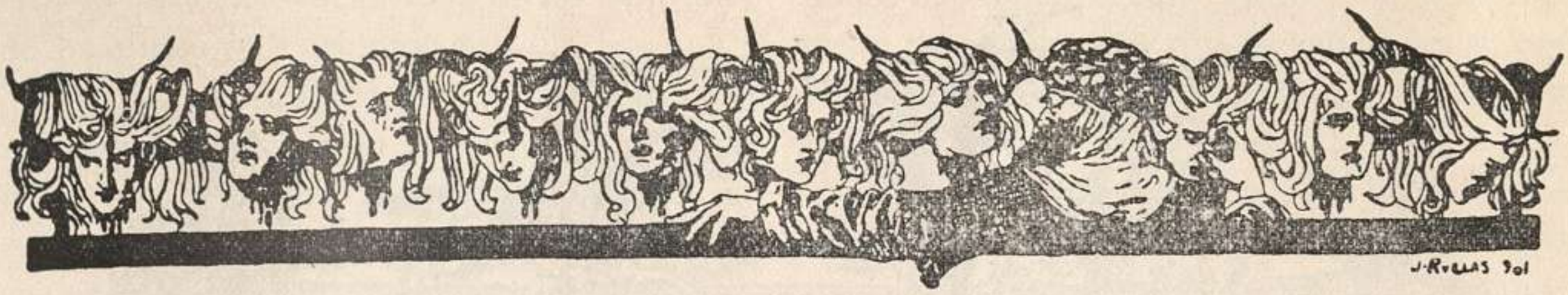
MCD 2018

Y en efecto, vosotros seréis quienes habéis de substituir á estos terribles hombres barbados; un día llegará en que seréis como ellos; tendréis coches; gastaréis gabanes de pieles; os habréis creado una familia; hablaréis con ronca voz y yo os aseguro que para entonces vuestro mayor goce no será el día en que aprueben un proyecto de ley que presentasteis en el Congreso, ni cuando os nombren diputados provinciales, ni cuando os aplaudan un drama, ni cuando os elogien una novela —ó un folleto sobre la legislación de alcoholes;— sino cuando, recordando un día de excursión campestre, un día de juventud y de sol, os vengan á la memoria las palabras memorables que en aquella ocasión pronunció junto á vosotros una muchachita morena:

—Sigue usted tan gitanillo como antes.

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.

MCD 2018



DE "MANOJO DE RIMAS"

(LIBRO EN PRENSA)

No vuelvas nunca, pálida señora,
á cruzar por la tetra galería
cuando se apaga el resplandor del día
y la campana resonante implora.

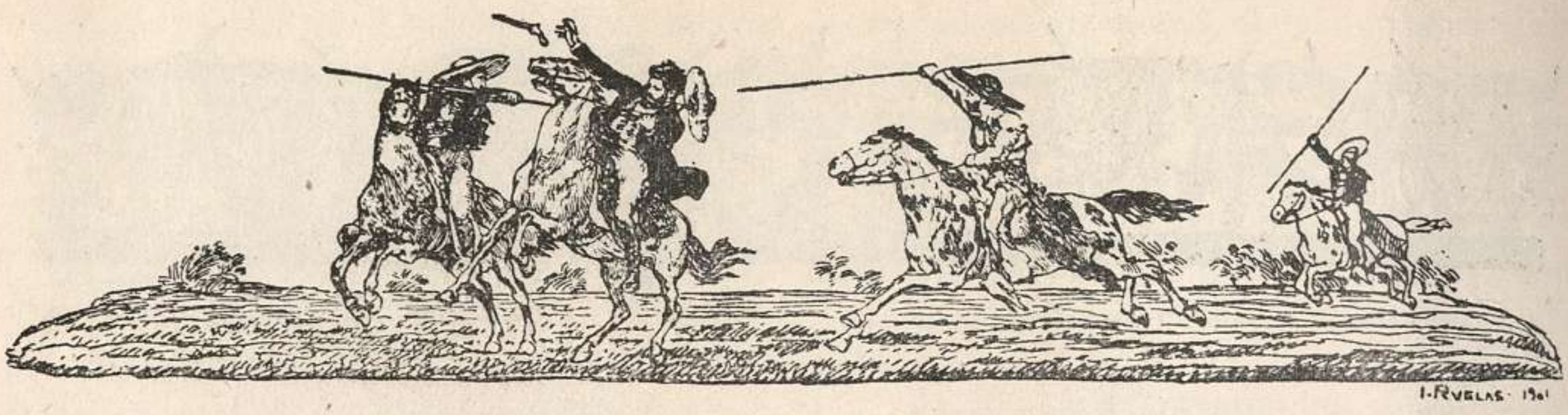
Se alzan en la bruma á esa hora
sombras que siguen con tenaz porfía
tus pasos, sin rumor, por la crugía
y una entre ellas que maldice y llora.

No vuelvas más y menos la cabeza
tornes, porque el pavor puede matarte;
no á la sombra, á la luz da tu belleza.

Que en alabastro la recoja el Arte
en simbólico icono de pureza. . . . .
yo en obsidiana tallaré mi parte.

JESÚS E. VALENZUELA.

MCD 2018



LA PARÁBOLA DEL LEPROSO

Para Amado Nervo.

Resplandecían las lejanas montañas envueltas en la polvareda de oro del sol de Nizám. Largas caravanas de camellos se perfilaban lentamente en los arenales. Grupos de mujeres, con el ánfora al hombro, regresaban, cantando, de las cisternas. Un águila negra, una de esas voraces águilas que anidan en los altos promontorios de la Judea, cerniéndose majestuosa en el azul, proyectaba sombras movibles sobre la tierra.

Jesús, en compañía de tres de sus discípulos, iba á Bethlehen, llamado por una pobre viuda, cuyo único hijo agonizaba invocando febrilmente el nombre de aquel dulce Rabí de Galilea, tan amigo de los niños, á quien viera una tarde junto al brocal del pozo de Jacob, curar con el solo bálsamo de sus palabras, á un viejo pastor de las Idumeas, mordido por una serpiente venenosa. Hablaba de la caridad. Sus ojos ardían como soles entre la sombra obscura de las pestañas.

Sobre su túnica blanca con franjas cenicientas, flotaban, desmelenados, los cabellos. El viento de la tarde hacía estremecer y ondular sobre el pecho su larga barba de Nazareno, puntiaguda y acaracolada.

—Sé generoso —decía,— pero no humilles al desvalido con tu generosidad. Cuando des limosna, no mandes tocar delante de ti trompetas de plata, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las plazas. Socorre en secreto. Aquel que oye y ve en secreto, te recompensará.

Su voz era lenta y suave. Las mujeres se paraban para oirle, mirándole con los ojos húmedos de ternura. Los niños acudían sonrientes á besar las orlas de su manto.

Desde los sembrados próximos, los labradores le saludaban, agitando los brazos.

—¡Se están cumpliendo las profecías! ¡Hossanna al hijo de David, al enviado del Señor! ¡Hossanna! ¡Hossanna!

Jesús continuaba:

—No seas como esos ricos licenciosos y avaros que alimentan á sus siervos con las sobras de sus festines. Sienta los desheredados á la mesa de tu corazón y parte con ellos tu pan y tu vino. Si ves á tu hermano llorar, no intentes consolarlo con prudentes palabras . . . . Llora con él. Esta es la verdadera caridad.

Caminaba lentamente. Bandadas de cigüeñas chispeaban al sol como flechas de

MCD 2018

oro. Los rebaños sesteaban á las sombras de los olivos polvorientos.

Un pastor tañía un rabel, á compás de una monótona canción patriarcal, en la que se hablaba de tiendas plantadas en mitad del desierto, noches de luna, maná del cielo, leche de camellas, y vírgenes prudentes que encienden sus lámparas para esperar la llegada del esposo prometido.

Atravesaron campos sembrados, viñedos en flor, donde las tórtolas gemían, jardines cubiertos de lirios. De pronto se detuvieron á orillas de una fuente que brotaba, en un hilo trémulo y quejumbroso, entre la hendedura de dos rocas.

En el recodo del camino, al pie de una choza, cubierta de hojas secas de palma, un leproso, desgarradas las vestiduras, inmóvil y de rodillas, aullaba lastimeramente con las manos y los ojos elevados al cielo. Su rostro relucía al sol como un bronce antiguo carcomido por la herrumbe. La frente era una sola llaga. Los labios se caían á pedazos, lívidos y purulentos.

Mateo el Publicano, uno de los primeros discípulos, que era rico en viñas y en ganados, y tenía, además, una tienda de perfumes en el atrio del templo, sacó de entre los pliegues de la túnica una moneda y, desde lejos, volteándola en el aire, se la arrojó al leproso.

Pedro, el más rudo y hábil de los pescadores de Capharnaum, quitóse del brazo el cesto de provisiones que llevaba para el camino, y andando cuidadosamente, le colocó junto al umbral de la cabaña.

Juan, el más joven y bello de los discípulos, el predilecto, aquel cuya cabeza de niño había sido tantas veces acariciada por manos divinas, desprendióse del manto de lino que flotaba sobre sus hombros. Todo pálido y trémulo, andando con la punta de las sandalias, y extendiendo temerosamente los brazos, le dejó caer sobre la espalda del leproso.

Sólo faltaba el óbolo de Jesús. El sol empezaba á trasponer, coronando de rosas sanguíneas, las montañas vecinas. Unos mercaderes se detuvieron á dar agua á sus camellos.

El Rabí avanzó serenamente. Su perfil aguileño se destacaba majestuoso, nimbado por un rayo de sol.

Cogió entre sus manos sagradas, la cabeza monstruosa del leproso, inclinó la frente y le besó en los labios.

Los discípulos quedaron inmóviles. Los mercaderes, espantados, cayeron de rodillas con las manos tendidas al cielo. . . . y hasta los camellos alargaron hacia Jesús sus melancólicas cabezas pensativas, en cuyos belfos temblaba un hilo de agua. . . .

FRANCISCO VILLAESPESA.

MCD 2018

Francisco Villaespesa.

LA HERMANA

En tierra lejana
Tengo yo una hermana.
Siempre en primavera
mi llegada espera
tras de una ventana.

Y á la golondrina,
que en sus rejas trina,
dice con dulzura:
--¡Por aquella espina
que arrancaste á Cristo,
dime si le has visto
cruzar la llanura!—
El ave su queja
lanza temerosa,
y, en la tarde rosa,
bajo el sol se aleja.

Desde su ventana,
mi pálida hermana,
pregunta al viajero
que camina triste:
—¡Por tu amor primero,
dime si le viste
por ese sendero!—
Pero el pasajero
su Calvario sube,
y se aleja lento,
dejando una nube
de polvo en el viento.

MCD 2018

Desde su ventana,
á la luna grita
mi pálida hermana:
—¡Por la faz bendita
del Crucificado,
dime en qué sendero
tu rayo postrero
su paso ha alumbrado!—
La luna, la vaga
llanura ilumina;
trémula declina
y en el mar se apaga.

Acaso yo errante
pase, vacilante,
bajo tu ventana,
y, sin conocerme,
mi pálida hermana,
preguntes al verme
venir tan lejano:
—Dime, peregrino,
¿has visto á mi hermano
por ese camino?

FRANCISCO VILLAESPESA.

MCD 2018

Antiguo estudio del escultor Jesús F. Contreras, hoy del pintor Germán Gedovius.

MCD 2018

UN TE

El 16 del pasado se verificó en el *atelier* que fué de Jesús F. Contreras, hoy ocupado por el pintor Germán Gedovius, una simpática fiesta en honor de Virginia Fábregas.

Los que han visitado ese estudio, que el talento y el exquisito gusto de Contreras convirtiera también en museo, comprenderán qué lugar tan propicio es para hacer florecer la centifolia rosa del ensueño y soltar las alas á la ideal golondrina de la quimera. Al pasar su dintel, parece que se opera un prodigio en el espíritu fatigado y sediento por el polvo del camino; los ojos como que se sienten purificados con la contemplación de las maravillas que encierra, y el pensamiento, ennoblecido, se eleva á superiores regiones, bañándose en claros horizontes iluminados con luz elísea; Nuestra Señora de la Belleza tiene allí su basílica y hay momentos, como el que rememoramos, en que los iniciados, vestida el alma de blanco, comulgan con la divina substancia, en la suprema embriaguez de los ritos. . . .

Y las horas, en desfile de vírgenes locas, huyeron brillantes y ligeras. El grupo de artistas allí reunido, siguió el consejo epicúreo del dístico leonino: «tejed en guirnaldas las rosas bellas y ceñidlas á

En el Estudio de Germán Gedovius.—Fot. de «El Tiempo Ilustrado.»

MCD 2018

En el Estudio de Germán Gedovius.– Fot. de «El Tiempo Ilustrado.»

las horas que pasan». . . . y los rosales florecieron á la hora oportuna; y un perfume de decamerón flotaba en el aire nocturno, y el verso y la música, en doble ritmo, corría en ondas ardientes, haciendo más dulce la muerte de las violetas que agonizaban en los tibores, volviendo más rojas á las anémonas que temblaban como bocas de mujer.

Virginia, nuestra querida actriz, fué en ese rato y por derecho propio, la sacerdotiza de aquel templo; la poesía la envolvió esa noche como á una diosa en una tenue nube de incienso; y su gentileza y hermosura superba, fué mágicamente animadora. En oculta pero eficaz relación con lo que la rodeaba, nos descubrió nuevos aspectos, cosas no vistas antes, en los cuadros ó en las estatuas, casi les infundía una nueva vida, cuando pasaba como la heroína de Rugiero Flauma, alzada en el broquel de nuestros entusiasmos líricos, con su bella figura principesca. Sí, fué la sacerdotiza y la animadora. Por eso halló bajo sus pies las ofrendas que le llevaron los artistas; poetas y músicos escogieron para adornarla las más preciosas gemas de sus tesoros; menos tersas, sin embargo, que la perpetua sonrisa que esa noche brillaba en sus labios y cuyo esplendor avivó constantemente la cordialidad y la más franca alegría.

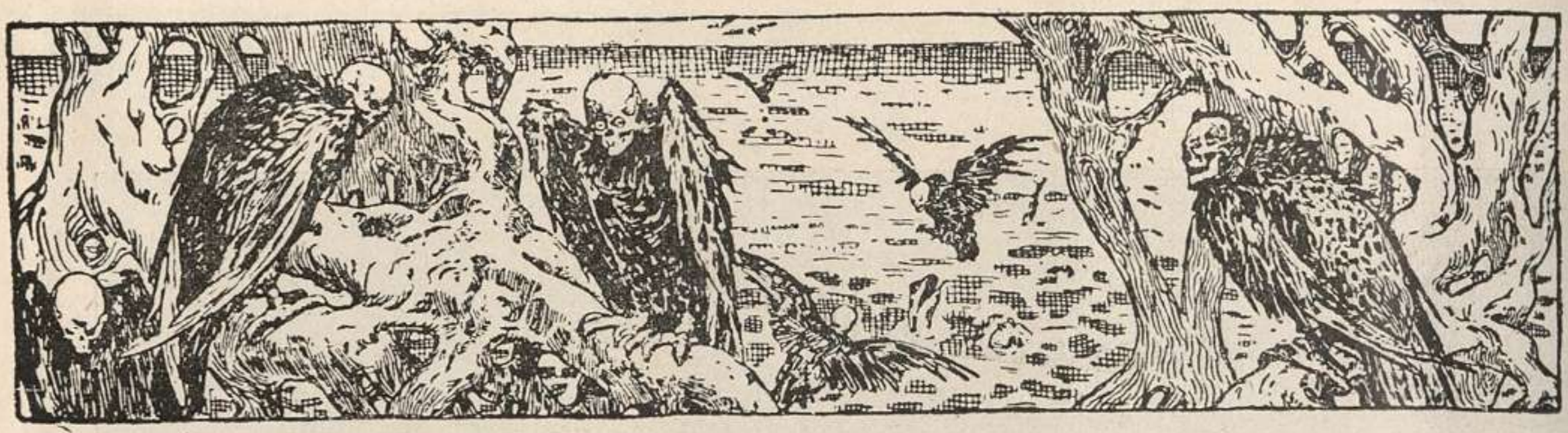
Como un grato recuerdo arrancado á tan gratas horas, publicamos diversas fotografías tomadas esa misma noche.

¡Ojalá que fiestas de esa naturaleza fueran menos escasas en nuestra vida social; cada día se hace más necesario el culto al salón, único acaso que puede cotrarrestar la malsana influencia del bar, ya invetera-da en nuestro medio!

MCD 2018

En el Estudio de Germán Gedovius.—Fot. de Clarke.

MCD 2018



EL MOCHUELO

Bien hayas tú! Nada hay como tu olivo
Donde moras tranquilo y solitario;
El manto de la noche es tu sudario,
Tu amor la sombra, noctivago altivo.

De la luz te refugias fugitivo
En las grietas del viejo campanario
Y tu canto tenaz y estrafalario
Pánico infunde al leñador furtivo.

Eres indiferente á los festones
De las rosas de Abril y á los cristales
Con que la nieve borda tus plumones.

Filósofo crüel, te son iguales
La charla insustancial de los gorriones
Y el hambriento rugir de los chacales.

ANTONIO CARREÓN.

MCD 2018

En el Estudio de Germán Gedovius.—Fot. de Clarke.

MCD 2018

MI ÚLTIMO ARTÍCULO

Algunas veces, cuando tomo la pluma como toma el galeote su remo, digo para mí: ¿cuál será mi último artículo? La muerte vendrá á sorprenderme acaso cuando apenas haya trazado el título ó las primeras líneas de un artículo cualquiera. ¿Cuál será?

Siento cariño por ese hijo desconocido, á quien dejaré tan pequeñito y huérfano. Yo quisiera decirle: —No es mi culpa; me arrancan de tu lado! Habría querido verte brillar, como á tus hermanos en el mundo; pero sólo pude besar tu frente antes de partir, como besa el padre los cabellos rubios ó negros del hijo que duerme en la cuna y corre á un duelo... y allí muere.

Tal vez la muerte me permita leer mi artículo... Lo escribiré enfermo... lo escribiré agobiado por esa vaga tristeza, que es como la sombra de la eternidad ya próxima; pero... es preciso ganar el pan de cada día... lo escribiré. Tal vez sea muy ingenioso..... muy agudo.... tal vez haga reír... Acaso —¿por qué no?— sea franco.... franco.... y haga llorar á algunas almas buenas. Lo más probable es que sea tonto. Pero de todas suertes, esta idea me preocupa: ¿cómo será?

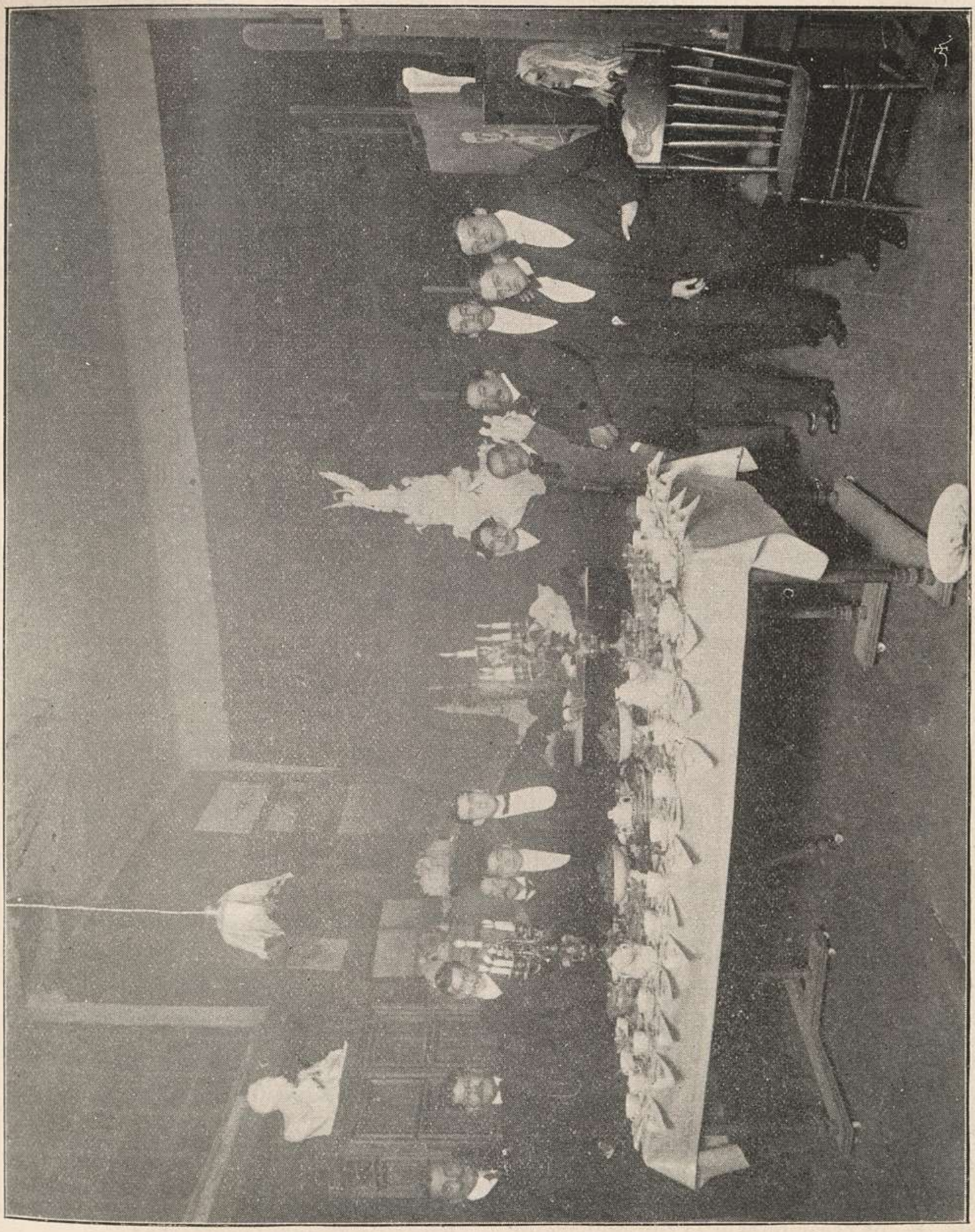
***

Parece que el hombre, por decreto del destino, empieza muchas cosas y muy pocas concluye. La vida es lo único que está bien cierto de acabar. Creemos haber terminado una obra, un libro, y al releerlo, hallamos que nuestro entendimiento ha caminado algunos pasos adelante, y que el libro, como la sombra de los que marchan siempre de cara al sol, se queda atrás. Un deseo irresistible de producir, un apetito inmenso de procreación intelectual nos agita y azuza. Pero esas criaturas engendradas en un encuentro fortuito, en la sombra de un tunel nacen desmedradas. Después, nos avergüenzan. Las queremos, porque, al cabo y al fin, son hijas nuestras; pero las queremos con lástima. Sentimos el deseo callado de esconderlas. Y, sin embargo, estamos bien seguros de que pudieron haber sido muy hermosas.

***

Y este ahinco de producir, de echar al mundo las criaturas de nuestro entendi-

MCD 2018



En el Estudio de Germán Gedovius.—Fot. de Clarke.

MCD 2018

miento, crece á medida que la existencia avanza. Se diría que la muerte está llamando y que nos dice: —Vamos..... Apresúrate!— Entonces se vuelve la vista atrás y hasta aquellas hijas de nuestro capricho ó de nuestra reflexión, que antes nos parecieron pálidas y enfermas y á las que por eso guardamos con rubor, en los cajones secretos del bufete, hasta á esas pobres desdeñadas, las decimos: ¡Salid á luz! Vuestros vestidos son muy pobres; pero no hay tiempo ya para buscaros otros.... En el lecho de la agonía os legitimamos!—

Víctor Hugo coleccionó en los últimos años de su vida, fragmentos de poesías, bases de columna, plintos y capiteles aislados, todos los elementos dispersos de obras magnas que no llegaron jamás á realizarse.

El poeta siente la necesidad de dar á los pósteros no sólo el peso fuerte de su ingenio, sino también los centavos. Es como el jugador que, cuando ya ha perdido los billetes de Banco, las monedas de oro y las de plata, registra los bolsillos de su pantalón, y si encuentra alguna moneda menuda, la pone á un número de la ruleta. Siente la imperiosa necesidad de perder todo.

En ciertos casos, la vida nos parecería buena si tuviéramos la facultad de recomenzarla. Es desastroso no poder corregir *las pruebas* de la vida. Pero el tren avanza, las estaciones quedan atrás, y como la existencia es un «tren rápido,» no se detiene en parte alguna. Para el artista que siente cómo los brazos que antes le ceñían se van abriendo y aflojando, dos son los supremos dolores: Sentir lo incompleto de sus creaciones y la impotencia de dar vida á los seres que le bullen todavía en la imaginación. Toda vida de artista es vida trunca. Sólo la vida de los necios está hecha de una pieza. Es todo lo que se llama un monolito.

Cuando Chénier, al subir al cadalso, exclamó, tocándose la frente —¡Aquí había algo!— expresó la amargura profundísima con que muere el artista verdadero.

***

Las hijas predilectas de nuestra inteligencia, son las que nadie conoce. Se parecen á las muchas hacendosas que no concurren á los bailes, que no van á teatros, que no tienen novios, pero que siempre son las preferidas en la casa. Suelen venir muy tímidas á nuestro gabinete de trabajo, y decirnos á media voz: —¿Qué... no salimos?— Pero de tal manera las amamos, que, al verlas en la calle, de trapillo, preferimos tenerlas encerradas.

Por eso contesta el padre á esas desconocidas criaturas: —Aguardad!... Cuando sea rico, cuando haya estudiado mucho, cuando pueda daros la clámide ó el vestido damasco, ó las frementes alas de águila, entonces os entregaré á la admiración.

Esperando esas dichas que no llegan, quédanse en los desvanes del cerebro —como dijo un poeta,— y cuando llama la impasible muerte y sus labios de mármol se entreaben y de esos labios brota el —ven! ya es hora!— sentimos hondo, intenso desconsuelo, por no haberlas lanzado al aire libre, por haberlas tenido en reclusión, y nos despedimos entonces de la vida, diciéndolas aquellos versos memorables de un gran poeta sevillano:

No me admira tu olvido: aunque de un día
Me admiró tu cariño mucho más,
Porque lo que hay en mí que vale algo,
Eso.... ni lo pudiste sospechar.

*

La novela soñada, el drama concebido, la obra para cuya realización quisimos

MCD 2018

En el Estudio de Germán Gedovius.—Fot. de Clarke.

MCD 2018

enaltecernos y purificarnos, como se purifica el niño para su primera comunión, quedan en el sagrario del espíritu. Tal vez van con nosotros á la tumba y allí nos perdonan el haber sido carceleros, y en estrecho abrazo, como el de Cuasimodo y Esmeralda, nos consuelan.

El artista no llora lo que deja en el mundo, sino lo que se lleva. La frase más sentida, la más sublime, es la que calla.—¿Cuál será mi último artículo? —preguntaba yo al empezar éste. Pues será algún artículo banal, alguna piecesita de tocador, un juguete de porcelana ó terracota. El artículo en que pongo el alma toda, es el artículo que jamás escribiré.

M. GUTIÉRREZ NÁJERA.

MCD 2018

En el Estudio de Germán Gedovius.—Fot. de Clarke.

MCD 2018

En el Estudio de Germán Gedovius.—Fot. de Clarke.

MCD 2018

Giosué Carducci.

PER LA SPEDIZIONE DEL MESSICO

O albergo di tiranni, o prigion fella
Di plebi oppresse lacerate e smorte,
Fucina di servaggio ove ritorte
Ad ogni gente tirannia martella;
Chiama, Europa, a'tuoi segni anco la morte,
Altre d'uomini vite, empia, macella,

MCD 2018

Sí ch'ai liti da te franchi la bella
Tua libertá vizi e catene apporte.
Ancella Francia ad ogni reo potere,
Spagna feroce, ed Anglia mercantesca
A novelli trionfi empion le schiere.
A un'affamato régolo nov'esca
Offron d'anime e terre. O imprese altere,
Fin che di sua viltade al mondo incresca!

ANCHE PER LA STESSA

Timor, pudore, o de l'avito orgoglio
Spirito alcun ritragge gli altri: ei resta,
Ei consuma da sol l'inclita gesta,
Solo prepara il disonesto spoglio.
Ei, che guató ladron notturno al soglio
Tra i romani cadaveri la testa
Lento rizzando, or con novel rigoglio
Sente l'antica fame entro ridesta.
E cerca oltre la franca onda d'Atlante
Repubbliche altre ch'ei soffoghi espenga,
Di libertade insidïoso amante;
Traccia altri armenti che in sua tana ei tenga,
Caco imperial. Deh, Libertade, errante
Alcide, quando fia che tu sorvenga!

GIOSUÉ CARDUCCI.

MCD 2018

LOS PREDESTINADOS

I

«Son extraños —dice Mauricio Malterlinck.— Parecen más cerca de la vida que los otros niños y no sospechan nada, y sin embargo, tienen sus ojos una certeza tan profunda, que es menester que lo sepan todo y que más de una vez hayan tenido tiempo de decirse su secreto.»

Yo los he conocido en una mañana gris del pasado Otoño. Jugaban los tres en el Parterre, vigilados por la Miss, alta y huesuda, que leía, sentada en un banco, una novela de Carlos Dickens. Eran tres hermanos, pálidos, delgaditos y enfermizos; los tres con grandes ojos negros, húmedos y tristes; azuladas ojeras y largos bucles de azabache.

Jugaban sin apenas hablar, con ademanes lentos, pausados, sonambulescos, como figuras de ensueño.

Me senté en el banco, junto á la inglesa, y permanecí largo rato contemplándolos. El Sol otoñal les envolvía en su luz amarillenta como claridad de lampadario sepulcral. Los árboles dorados del jardín formaban melancólico telón de fondo, y en la claridad triste, se movían los tres como personajes de un teatro de fantasmas.

—¿Están enfermos? —pregunté á la Miss.

Ella cerró el libro, alzó la cabeza y con indiferencia me respondió:

—Sí.

—¿Anémicos? —torné á interrogar.

Esta vez no me contestó directamente. Se contentó con llevarse una mano al pecho y murmurar entre dientes:

—Su padre. . . . y calló para seguir leyendo la historia de Olivier Fwist. Permanecí largo rato ensimismado.

La mercenaria consultó su horario; luego llamó:

—Jak! Fanny! Baby!

Los niños acudieron obedientes. Ella con brusquedad remedió el desorden de sus trajes; honróme con leve inclinación de cabeza y se alejaron, delante los tres niños, cogidos de la mano; detrás el aya, siempre con los ojos fijos en el libro, por una calle del jardín, donde el Sol pálido dibujaba la silueta obscura de los árboles.

II

Hay en el Retiro un lugar que la Primavera viste con sus galas, por donde apenas si pasea tal cual solitario soñador, ó alguna pareja enamorada. Es una larga calle que, comenzando en el Angel caído, para con-

MCD 2018

cluir en la avenida del Perú, corre entre dos cunetas que se elevan formando suave pendiente. En Abril y Mayo, florida de lirios. Arriba yérguense los álamos del paseo nuevo, y en Primavera, cuando el Sol poniente tiñe de rosa el cielo, es bello espectáculo el de los árboles obscuros que surgen de la pendiente azul irisada, para recortarse sobre el dorado fondo del cielo, como en las tablas de los primitivos.

Y yo, que en Otoño gusto de pasearme por el Parterre, amable evocación de los viejos parques ducales, gozo en las tardes abrileñas recreándome en la gloria del crepúsculo angélico.

En uno de estos anocheceres, en que ambulaba sólo y melancólico, deteniéndome, de vez en cuando, para contemplar la puesta del Sol, creí percibirlos y apresurando el paso me reuní con ellos.

La Miss caminaba lentamente, con un libro según costumbre, entre las manos; Jak cogía Iris y su hermanito le contemplaba con los grandes ojos ingenuos muy abiertos, y toda la carita fruncida con un gesto de atención profunda. La inglesa alzó los ojos del libro vigilantes y al ver la diversión á que los niños se entregaban, llamó con su voz aguda, un poco estridente, que vibraba procaz en la calma augusta de la tarde:

—¡Jak, aquí!

Los niños se acercaron sumisos, estrechando el mayorcito una brazada de lirios contra el pecho. De una manotada arrojó ella las flores á tierra y la voz inarmónica tornó á chirriar:

—¡No coger porquerías!

Ví los ojos del niño llenos de lágrimas, pero no protestó, no dijo nada. Su hermano recogió furtivamente una flor del suelo y se la dió; después siguieron andando, lentos, unidos, tristes. . . .

Yo pregunté á la inglesa:

—¿Y Fanny?

—Murió.

III

rmas he hallado á Baby.

Sentada en un banco la Miss leía el sempiterno libro y junto á ella he ido á sentarme. Mientras, el niño jugaba junto á la verja enlazada de pasionarias que cerca el parque. He entablado conversación con la guardiana, que á fuerza de verme ha concluido por cobrar confianza en mí.

—¿Toma el niño las aguas?

—Sí, señor.

—Le sientan bien.

Ella se encogió de hombros. Con el corazón oprimido le he preguntado:

—¿Y Jak?

Ha hecho un gesto vago señalando al firmamento de azul intenso. Yo he sentido apretarse el nudo que tenía en la garganta y mi angustia se ha acrecentado; al fin ha formulado lentamente:

—Ha muerto la primavera pasada.

La piedad me ha arrancado una pregunta; grito del sentido de humanidad herido.

—¿No tienen madre?

—Sí, señor. . . . pero está en Biarritz.

Y la mercenaria me ha contado con amarga saña una historia frívola, cruel y galante, poniendo en ella toda la hiel de su recio destino que le condena á ella, pobre virgen infecunda, á prodigar cuidados á criaturas enfermas, mientras aquellas otras á quien la Naturaleza obliga, violan sus sacrosantas leyes, en perpetua persecución del goce. Sus palabras eran secas, sus gestos bruscos ayunos de amables damerías.

Mientras duraba nuestra plática, un niño campesino se ha aproximado á la verja y entablado conversación con Baby. ¿Habéis fijado alguna vez vuestra atención en esos pordioseritos provincianos que vagan por los caminos? En sus rostros infantiles falta la alegría picaresca, un poco insolente de los golfos madrileños. Son humildes y con sus ojos sumisos parecen implorar piedad. Hay en ellos como una advertencia resignada del dolor que la vida les guarda. Yo sé deciros, que no puedo verlos sin sentir una compasión inmensa por sus míseros destinos. Aquél era rubio, muy pálido, delgadísimo, y con unas pupilas azules, enormes, melancólicas. Baby parecía haber he-

MCD 2018

cho buenas migas con él; y ambos charlateaban como pájaros prisioneros al través de los barrotes.

El aya ha sentido honda indignación.

—¡Baby! ¡ven aquí ahora mismo!

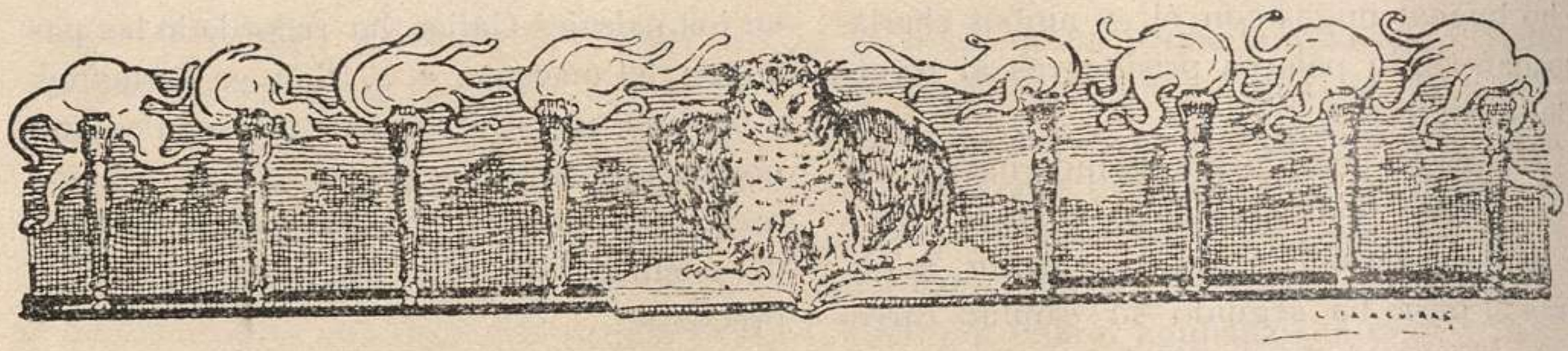
El niño ha obedecido tristemente, mientras el paria ha seguido su camino carretera alante al través de los campos estériles, yermos, entoldados de azul; como en los paisajes Galias he recordado las palabras del maestro: «....Son ya hermanos y se diría que se reconocen por señales que nosotros no vemos y que se hacen en el momento en que no les observamos, la seña del silencio. Son hijos atentos de la muerte precoz.»

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT.

SENSIBLE DEFUNCIÓN

Acaba de bajar al sepulcro, la Señora Doña Avelina González de Guerra, madre de nuestro estimado amigo, el distinguido escultor, D. Enrique Guerra, cuya profunda pena compartimos de corazón.

MCD 2018



MONSEÑOR CLEARCO MEONIO

Con los serenos ojos á la Belleza abiertos
y en los labios un trino de pájaro cantor,
cruza el Señor Obispo por sus natales huertos;
su báculo es un tallo suspenso de una flor.

Ostenta sus vitrales de cármenes cubiertos,
en su breviario minia las rosas del Señor,
y sobre las cenizas de los volcanes muertos
enciende las auroras divinas de esplendor.

Cuando el Arcade misa, beatas primaveras
llenan de aromas puras las áureas vinajeras;
y en tanto que bendice la campesina paz

y la amatista fulge sobre el redil, bucólico
del facistol se eleva profundo, melancólico
y dulce, un canto como de paloma torcaz.

RAFAEL LÓPEZ.

MCD 2018

ALMA HELENA

El sol poniente doraba con suave resplandor de viejas trípodes votivas las costas áticas, besadas con un beso azul por el mar sagrado de las islas. Un creciente de luna, corvo y afilado como un cuchillo oriental, surgía de aquella inmensidad celeste como una profecía de luz y de sangre.

El viento céfiro movía con sones eolios las copas de los cipreses. Un laurel del Pindo señalaba de lejos al devoto la entrada de la gruta: y por el tronco del laurel trepaba, enroscándose, el ámpelos prodigioso, la sacra vid consagrada á las ninfas.

Salía de la gruta el agua clara y virginal por la ronca garganta de un sátiro de piedra, y así la barba cabría del honrado sátiro se bañaba, á la luz de la serena tarde, en gotas azules, en gotas de oro, en gotas de púrpura.

Delante del templo, y en medio de los cipreses, abría su ancho cuenco de bronce la pila de trescientos cántaros, ofrenda de los Thesalios á Juno, esculpida al gusto lacedemonio con una furiosa danza de faunos y de animales.

Y fué en aquel lugar deleitoso y en aquella serena tarde cuando Theodoro de Mileto habló á sus jóvenes amigos Adrasto y Almeón, áticos entrambos.

He aquí, oh amigos, que flotará sobre los siglos esta suave alegría del alma helena. Hemos hecho de un mundo áspero é inhabitable de la mansión común de los dioses de los hombres y de las cosas, animados de un soplo inmortal. Hemos llegado á esa sincera unidad, en la que todo es humano y comprensible: los peñascos y los árboles tienen alma; nosotros tenemos algo de árboles y de peñascos; los dioses tienen debilidades y pasiones. Y esta comunidad tolerante y perpetua, hemos encaminado amablemente nuestra vida á un fin, que es la Belleza, madre de Apolo.

Ellos nos dieron el alto sentido de la Poesía, que es la suma de todos los sentidos. Y al apoderarnos de la forma, nos apoderamos también del espíritu: así, que hemos venido á poseer el mundo. Ved lo que hicimos de nuestra propia carne: moldearla en la armonía, en la regularidad y en la expresión, dotes soberanas de la escultura. Ved lo que hicimos de nuestro entendimiento; aguzarlo, extenderlo, abrirlo en dos alas luminosas y divinas.

MCD 2018

Perdonadme: mi espíritu jonio se muestra rendido á sus creadores: el fuego de Apolo, la grandeza del mar, la fluidez del aire, la claridad del agua que sale cantando de la tierra. No me habléis de Roma, la gran historiona triunfante: es un pueblo de jurisconsultos que quieren cantar en griego. ¿Conocéis algo que sea tan ridículo?

Esos pobres artistas del lacio que vienen á medir nuestras estatuas, nuestras columnas, nuestros frisos y nuestras aras, creen llevarse el sentido de la proporción en sus medidas. Hasta los gansos capitolinos abren sus toscos picos al dytirambo. Roma es un montón de advenedizos que piden prestados hasta los dioses. Un poco más, y esos Césares bestias vendrán á cantar de histriones en las ciudades áticas. Desconfiad, amigos, de los héroes que beben leche de loba.

A este lugar os conduje para hacer una invocación al espíritu heleno, contándoos el sacro misterio de esta gruta, propicia á la juventud:

Cierto pastor Meandro, que apacentaba sus cabras en los peñascos costeños, perecía de amor por la ninfa Chloe, habitadora de esta gruta. Sacrificábala sus mejores chotos, quemaba algas aromosas y semillas de ciprés, y labraba signos de ventura en sus cayados, que luego iba á colgar en ofrenda sencilla en lo interior del agreste templo. Lloraba Meandro la esquividad de Chloe y clamaba á voces su amor, siguiendo la grata cadencia de las olas.

Un viejo fauno que solía venir á beber en este manantial, compadecióse del pastorcillo, y una noche de luna se le acercó para hablarle: —¿Sabes quién soy?

—Eres el fauno que vive en el bosque donde está el templo de Diana, pero esta noche parece que tu barba blanca ha florecido con florecillas de luz. No sé qué será esto.

—Es que acabo de beber y me está dando la luna.

Y el fauno, jovial y paterno, se echó á reir, y el partorcillo le acarició, como si toda la vida hubiesen estado juntos.

—Juzgo que es mucha necedad la tuya —dijo el fauno,— pues ni valen chotos ni aprovechan llantos con esta ninfa. Está visto que sólo la música le ablanda. Por eso todos los marineros y mercaderes de las islas que hacen estancia aquí para proveerse de agua, la dedican nácaros y caracolas y entonan himnos apacibles para que el viaje sea próspero. ¿No sabes tañer, ni soplar, ni pulsar ningún instrumento? Yo te daré uno tal y tan bueno, que con él atraerás á las ninfas y los delfines.

Fuése luego el fauno al bosque donde mora Pan, de quien era amigo y le pidió dos cálamos de su flauta. —Entonces la flauta del dios tenía nueve cálamos, número de las musas.— Pan no quería menguar los sagrados sones; mas el viejo fauno le explicó que se trataba de un viejo pastorcillo que quería gozar de una ninfa, y el dios, bueno y amable, sonrióse lleno de gozo y ofreció su flauta entera.

Entre el amor y el fauno hicieron de Meandro un músico admirable. Chloe se rindió, y otras ninfas amigas llegaron á la gruta atraídas por el idilio. Un delfin —quizá el que condujo á Arión sobre su lomo de plata— venía todas las noches á oir la música del pastor. Cierta noche trajo en su boca un gran racimo de uvas de Cipro, chorreando espuma. El fauno dijo:

—Sembraremos este racimo delante de la gruta, donde yo sé que hay un héroe enterrado. Yo traeré un laurel del Pindo para que sostenga á la vid, y quedará la gruta consagrada. Soy viejo y pronto me iré; mas seguí gozando en memoria mía.

Andando el tiempo, los de Erithrea robaron esta fuente de bronce dedicada á Juno. Cayó sobre la ciudad un gran casti-

MCD 2018

go en forma de peste, ruina y desolación. Estos jonios rapaces, ya arrepentidos, acudieron á Delfos para saber qué harían de la fuente que atrajo el mal y la vergüenza. La Pythia dijo: «Llevadla bajo la vid que pagó á la música y matará á la Poesía.»

Declarado el punto, en lo que entonces podía declararse, trajeron esa hermosa pieza que veis, y á estas ninfas la dedicaron.

Un dia llegó á este mismo sitio un soplo de Poesía humana y carnal. Anacreonte de Theos, coronado con una rama de ese laurel y alzando en su copa el jugo claro de estos racimos, cantó al vino y al amor. Fué una hora muy bella. La ninfa Eros le besó en la boca, y las ondas azules se abrieron como largos cálices para henchirse de luz y de cadencia.

Por mandato de estas ninfas, Chilón de Lesbos, aquí habitante, enviaba al poeta el mejor racimo de la vid sagrada. Así, el fruto de ambar que trajo un delfín en su boca para pagar á un músico, tornaba á las islas, para regalar el corazón de un poeta. Al fin, se supo que Anacreonte de Theos había muerto en su ciudad, ahogado por un grano de uva.

Quedó cumplido el oráculo.

—¡Ah, si yo fuese el pastor ó el poeta! —dijo Adrasto.— No estarían deshabitadas estas grutas, ni estas costas estarían desiertas bajo el temor de las velas latinas; ni los templos fueran saqueados, ni los bosques se despoblarían de dioses. . . . ¡Loba insaciable!

—Cierto que el mundo parece desgajarse en una convulsión de fuerza, de argucia y de bestialidad. Mas ya os dije que el alma helena ha de flotar sobre los siglos, porque la hicimos plena y armónica, apta para la fecundación. ¿No piensas así, Almeón amigo?

—Sí pienso. Pero ahora mi espíritu no es ático ni jonio, pues recuerda unas extrañas cosas oídas en el Areópago.

—¿Extrañas cosas en el Areópago? ¿Las oistes tú, Adrasto? Serán algunas vácuas noticias del César ó de sus Pretores.

—¡Ah, sí, ya recuerdo —dijo Adrasto. El otro día un bárbaro de Oriente pronunció un largo discurso en el Areópago. Dijo que el dolor y el sacrificio son la sustancia de la vida. . . .

—Todos los bárbaros son tristes.

—Nos contó que tiene un dios que murió encadenado como Prometeo, el cual resucitó al cabo de tres días, y que todos hemos de resucitar de igual modo, hasta los faunos y los centauros. Nunca oí fábula semejante.

—Conozco á todos los recitantes orientales —dijo Theodoro.— ¿Cómo se llama ese?

—Pablo de Tharsia.

—¿Pablo de Tharsia? No le conozco. Recita bien.

—Como un caracol del Istmo. Sin eufonía, sin cadencia, sin acento. . . . . Construye como un etiope. Le volvimos las espaldas.

—Bien hicisteis. El trato con los bárbaros destruye. Cuán serena y alegre es nuestra tierra, regazo de los dioses; qué grande y libre nuestro mar; qué limpio nuestro cielo; qué puro nuestro aire; qué clara y virginal esta nuestra agua, que sale cantando de los senos terrestres.

. . . . . .

—Viejo Theodoro, tus ojos alumbran con fuego juvenil y tu barba blanca está floreciendo.

—¡Necio! Te diré como el fauno: es que acabo de beber y me está dando la luna.

José Nogales.

MCD 2018

AURORAS ESPIRITUALES

En alguna mañana cristalina,
al salir de los fétidos burdeles,
yo he oído una clara golondrina
y aspirado un aroma de claveles.

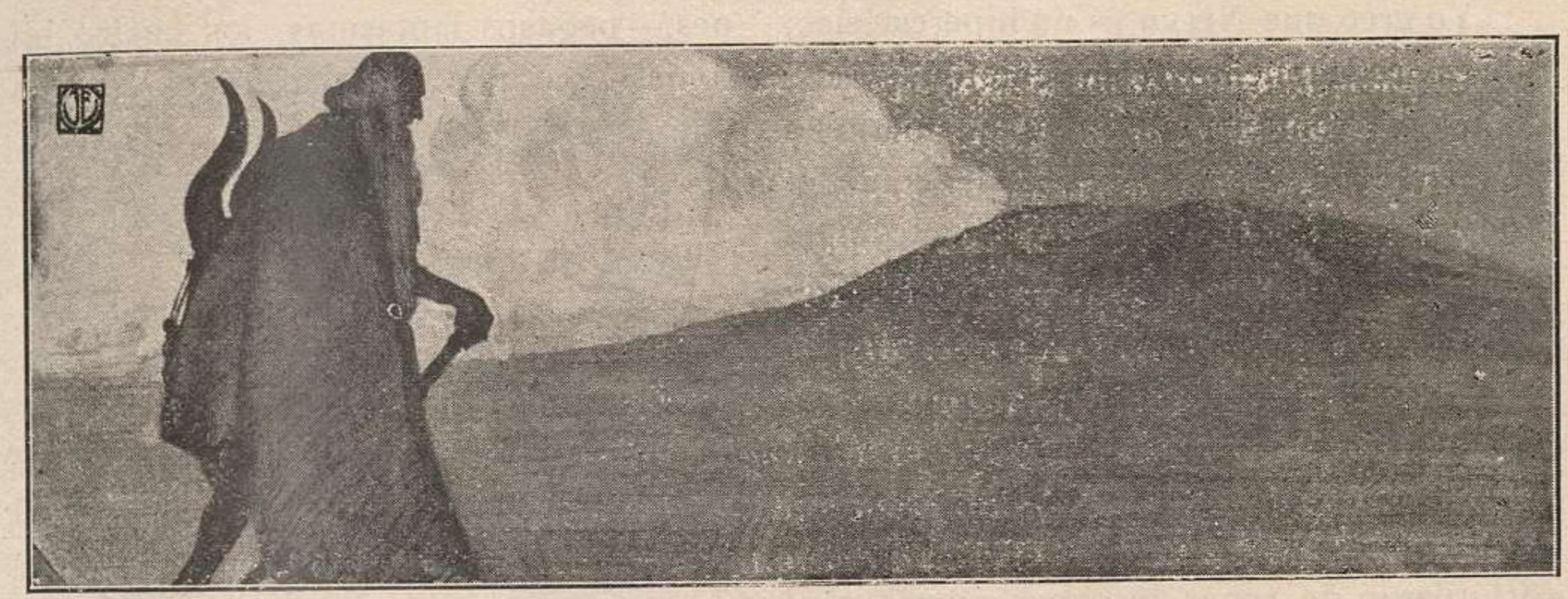
Esta sensación dulce y matutina
me trajo al alma un buen dulzor de mieles.
....Y en medio de la prosa libertina,
hubo un desbordamiento de rondeles....

Golondrina cantando en la mañana,
debajo el pabellón del azul regio,
¿qué encanto de tu trino en mí dimana?....

Encierras un oculto sortilegio,
que me hace recordarme de mi hermana
y de los bellos días del colegio....

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.

MCD 2018



IMPRESIONES LITERARIAS

AMADO NERVO

Buenos lectores amigos, voy á hablaros de este buen ginete que cabalga muy grácilmente sobre un *pegaso* de una extraña belleza, y que ha nacido en esa hermosa tierra mexicana, testigo un día del esfuerzo epopéyico de un hijo de nuestro rancio solar castellano. Las intensas emociones intelectivas que he experimentado al leer las páginas perilustres de dos libros suyos, me impulsan á volcar en estas pobres cuartillas, todo el caudal de mi admiración y de mi cariño hacia su personalidad gloriosa de poeta raro y exquisito, de prosador sabio y culto. Los volúmenes que aludo son sus últimas producciones: el de versos se rotula *Jardines interiores,* y el de prosas *Almas que pasan:* ambos títulos poseen la virtud, nada común por cierto, de expresar de un modo fiel cuantas visiones ha querido exteriorizar su autor en ellos; de ellos se puede decir lo que decía Théophile Gauthier, acerca del titular *Las Flores del Mal,* que Charles Baudelaire dió á las composiciones que para siempre aureolaron su nombre: decía el autor citado que estos títulos felices son mucho más difíciles de encontrar de lo que el vulgo cree. Bajo una forma breve y poética, resumen la idea general, indicando su tendencia.

Creo inútil el decir que Nervo no es un necio parafraseador de ñoñerías y vulgaridades; su gran vigor cerebral, la delicadeza de su espíritu, lo profundo de su cultura hacen que sea, al par que un hábil tejedor de rimas, un hombre que piensa y que siente, cualidades nobilísimas que por desgracia andan algo alejadas de los poetas.

Son los versos de Nervo de una gracia meláncolica, lunática, pletóricos de originalidad, doctos por su vibractilidad, de una dulce harmonía: estas cualidades han hecho decir á un amigo mío, también poeta, que sus estrofas son como raudales escapados de un violín, todo dulzura.

MCD 2018

Yo creo que Nervo es un hiperestésico; de ese refinamiento de su emotividad depende el sentimentalismo casi enfermizo que infunde á sus rimas; nadie como él sabe dar plasticidad á las quimeras que florecen en su intelecto de visionario; de ambas aseveraciones son muestra fiel las composiciones tituladas *Rondos Vagos* y *El metro de doce*, que forman parte de *Jardines interiores* (la segunda se encuentra también en *La Corte de los poetas*, Florilegio de rimas hispanas-americanas, coleccionadas por el poeta Carrere y editado por D. Gregorio Pueyo, librero de Madrid).

La composición *Rondos Vagos* es una de las más admirables poesías escritas en castellano; en ella lo broncíneo de nuestra habla sonora y magnífica, adquiere toda la languidez decadente, toda la sutilidad musical que el mago Verlaine derrochó en las poesías de *Fiestas galantes*, y de la cual me permito copiar la primera estrofa para solaz del que no pueda adquirir este bello libro:

¿Lo recuerdas? Una noche sin fulgores,
sin bellezas,—el espectro de la ausencia
consagraba con su mano— al dolor sin esperanza nuestras pálidas cabezas;—vanas
eran nuestras luchas, todo vano, todo vano. . . .—En mi espíritu rebelde suspiraban las tristezas,—las tristezas suspiraban en las cuerdas del piano.

En *El metro de doce*, poesía ella sola digna de un detallado estudio, da un ejemplo lujoso de lo bien que sabe vestir sus ideologías:

El metro de doce son cuatro donceles,
—donceles latinos de rítmica tropa,— son
cuatro hijos-dalgos con cuatro corceles,—
el metro de doce galopa, galopa. . . .

Eximia cuadriga de casco sonoro,—
que arranca al guijarro sus chispas de oro,
—caballos que en crines de seda se arropan—ó al viento las tienden como pabellones,—pegasos fantasmas, los cuatro bridones—galopan, galopan, galopan, galopan. . . .

***

Un joven cronista español, Julio Camba, ha dicho de este poeta unas frases que yo creo lo retratan tal como es psíquicamente; su pluma docta lo hará de modo mucho mejor que yo. «El poeta de *Místicas* es un terrible satánico. Y lo más curioso está en que sigue siendo místico. Amado Nervo es místico por añoranza sentimental y á despecho de su moralidad intelectual. Hace tiempo he contado la educación rigurosamente cristiana á que estuvo sometido en su juventud y el sedimento que esta educación había dejado en él. Vinieron después las correrías por el mundo, las copiosas lecturas demoledoras, y Nervo se transformó. Pero su espíritu permanece iluminado por la misma luz.»

***

Como prosador es también digno de mis aplausos. En *Almas que pasan* (Gregorio Pueyo, editor, Madrid), bellísima colección de prosas noveladas, se muestra poseedor de una fórmula noble, harmoniosa, sobria; en ella están casados los estilos magníficos de Solís y de Maupassant, las tradiciones españolas y francesas se funden en una sola. Su adjetivar es sabio y parco; sus descripciones sintéticas; sus retratos morales y físicos, hechos en cuatro plumadas, atestiguan sus dotes de psicólogo.

Aunque casi todas las narraciones de *Almas que pasan* están hechas del natural, hay una, *La última revolución*, en la cual su distinguido autor deja correr la

MCD 2018

imaginación por las regiones de la fantasía; sus conocimientos científicos le han permitido labrar esta bella página, por la cual vemos el mundo dentro de algunos millones de años y asistimos á la lucha del super-hombre contra las bestias, que quieren sacudir su yugo y ser ellos los dueños de la tierra. Este cuento es digno de ser comparado con las famosas *anticipaciones* de Heriberto Wells; en nada desmerece de ellas.

***

Antes de terminar esta nada aderezada crónica, diré al lector que Nervo prepara dos volúmenes de versos: uno será de oraciones líricas y se rotulará *Polifonario*, y el otro *En voz baja,* título elocuente, que me hace presentir sabrosas confidencias de una alma amiga de lo bello.

ANTONIO REY MOLINÉ.
(Dorio de Gades).

MCD 2018

LA SRA. DOÑA REFUGIO S., VDA. DE URUETA,

madre de nuestro distinguido compañero el Sr. Lic. D. Jesús Urueta, falleció el viernes 1.° del presente mes, víctima de penosa enfermedad.

El deplorable acontecimiento ha llenado de amargo dolor el hogar de una honorabilísima familia, apenas atenuado por las numerosas muestras de afectuosa simpatía que no ha cesado de recibir. Nosotros, verdaderamente apesadumbrados por una desgracia que nos toca tan cerca, por los fraternales vínculos que nos unen al Sr. Lic. Urueta, hacemos votos porque la resignación vuelque sus paliativos sobre tan honda amargura.

MCD 2018

FRANCO LIBERATI

Publicamos el retrato de este distinguido hombre de letras, á quien tuvimos de huésped hace apenas un mes, como secretario del egregio Novelli. Liberati es un comediógrafo de talento y son varias las piezas que ha escrito para el teatro. Entre éstas, es digna de mención «L'Inferno,» por el brillante éxito que obtuvo cuando se representó en Roma. Aquí nos dió á conocer Novelli, otra obra de Liberati, titulada: «Povera Gente,» recibida con entusiasmo por nuestro público.

La prensa de su país no ha escatimado el elogio á su noble labor, y nosotros nos sentimos orgullosos de honrar estas columnas con el retrato del preclaro escritor, como un recuerdo que le dedican los amigos que dejó en estas tierras.

Nota bene. —Liberati fué quien hizo la traducción al italiano de unos hermosos versos de Urbina, que fueron recitados cordialmente por el excelso Novelli la noche de su despedida.

MCD 2018

NOCTURNO

La noche es la inviolada vestal de negros ojos
que los misterios vela. Los astros son las gotas
del lloro con que anhela regar flores ignotas
en su alma, enamorada de un mito hecho de antojos.

La fuente es carcajada. Las nubes son despojos.
Y la vivaz estela de fuego que remotas
regiones cruza y riela, fuga es de dichas rotas.
La luna es una hada. Las nieblas son enojos.

Los céfiros son notas. La sombra es una amada
que otorga sin sonrojos caricia que consuela.
Los ruidos son derrotas. Bandera tremolada

la paz es.... Yo, de hinojos en fango que me hiela,
soy roca sin gaviotas por olas azotada....!
Y mi alma, en mis abrojos, es águila que vuela!

ROBERTO ARGÜELLES BRINGAS.

MCD 2018

SOBRE LA POESÍA DE AMÉRICA

José Santos Chocano, el poeta de «Alma América,» expone la médula de su estética en las siguientes cuartillas que envía á *Los Lunes del Imparcial*. En estos breves y afortunados párrafos está todo el espíritu del cantor peruano, espíritu singular, que tiene conscientemente la preocupación de la magnificencia y que ha acertado á expresarla en rica y sonorosa rima. Dice así:

«En América, la poesía evoluciona hacia un franco y sincero paganismo. La belleza es allí espectáculo enmarcado en la montaña y lamido por un sol que ciega. El poeta, como cualquiera otro artista que en América nazca, tiene que devolver en su obra la impresión intensa que le produce ese espectáculo de fuerza y de salud. Así la poesía de América ha de ser objetiva, porque el hombre desaparece dentro de la naturaleza, y el alma misma es un objeto más.»

«De la misma manera que en esas rutas inverosímiles de los andes, se ve desde las cumbres empequeñecerse en el fondo de las quebradas las ciudades, hasta desaparecer, como cosas de encantamiento microscópico, el poeta que abre su alma á las impresiones de aquella naturaleza, ve también reducirse, borrarse, perderse por fin, la obra humana. . . y canta sólo como sonase una piedra rodada ó un árbol sacudido.»

«¿Cuál es en América la obra del hombre? Esa humanidad incipiente sólo tiene relieve personal en las tiranías y en las revoluciones, y las tiranías y revoluciones son simples estados de Naturaleza. El fondo de toda la obra humana en América es uno: la aventura. Tal el poeta que baja de las cumbres ó sale de las selvas, tiene que refugiarse en la Historia.»

«¿Y la Historia?»

«Cuando Buffon observaba que en América la vida animal no es nada en comparación á la vida vegetal, daba razón para creer que la Historia de América es un combate de cuatro siglos entre la raza humana más fuerte y la Naturaleza más virgen. Por eso, el poeta de América es «el árbol que habla.»

«En un Continente donde hay la cosa más grande de la Tierra: los Andes; donde hay la cosa más grande del Agua: el Grande Océano; donde hay la cosa más grande del Fuego: el Chimborazo; donde hay la cosa más grande del viento: el Pampero, en un Continente donde el clima hace ver las cosas como al través de una luna de aumento, es preciso que los poetas sean fuertes, sean sanos, sean, sobre todo, hombres y más aún si cabe, hasta llegar, por fuertes, por sanos y por hombres, al tipo nietzcheista del superpoeta.»

José Santos Chocano.

MCD 2018

SR. LIC. D. OLEGARIO MOLINA,

Ex-Gobernador de Yucatán, hoy Secretario de Estado y del Despacho de Fomento.

MCD 2018

LA GRISETA DE MUSSET

(Del libro "Laureles Rosas," publicado en 1905)

A Jesús E. Valenzuela, gran poeta.

Yo sé aquella febril serenata
Vaga y dulce.... que el cielo turquí
—En las noches de estrellas de plata—
Dirigía la alegre Mimí.

Y gozaba la linda griseta
Entonando la alegre canción,
Que escuchara el galante poeta
En las noches de roja ilusión.

En las noches felices de Alfredo,
En las noches de sueño y placer;
Que, cual sombra fugaz como el miedo,
Se esfumaron....¡y no han de volver!

Pero ya aquella triste sonata
De sus labios no van al turquí;
En las noches de estrella de plata
Ya no vibra la voz de Mimí.

¡Pobre, pobre Mimí la griseta!
Están mustios sus labios en flor.
¡De su dulce y amado poeta
Ya no tiene la hermosa coqueta
Ni canciones, ni besos, ni amor!

EDUARDO DE ORY.

Zaragoza.—España.

MCD 2018

Cabeza de Cristo, por Ruelas.

LIBROS NUEVOS

Nuestro buen amigo, el escritor español Don Eduardo de Ory, nos anuncia la publicación de un nuevo libro suyo, titulado: «La Primavera Canta.....» con prólogo de Manuel Ugarte, que aparecerá en este mes. Ory se ocupa ahora en una obra que leerán con interés los intelectuales de América: «La Nueva Literatura,» porque en ella tratará especialmente de los poetas y literatos americanos. Esperamos ambos libros del Sr. de Ory para registrarlos en nuestras notas bibliográficas.

ERECCION DE UNA ESTATUA AL "DUQUE JOB"

Lista de la subscripción abierta por la "Revista Moderna de México," hasta el día 31 de Marzo de 1907.

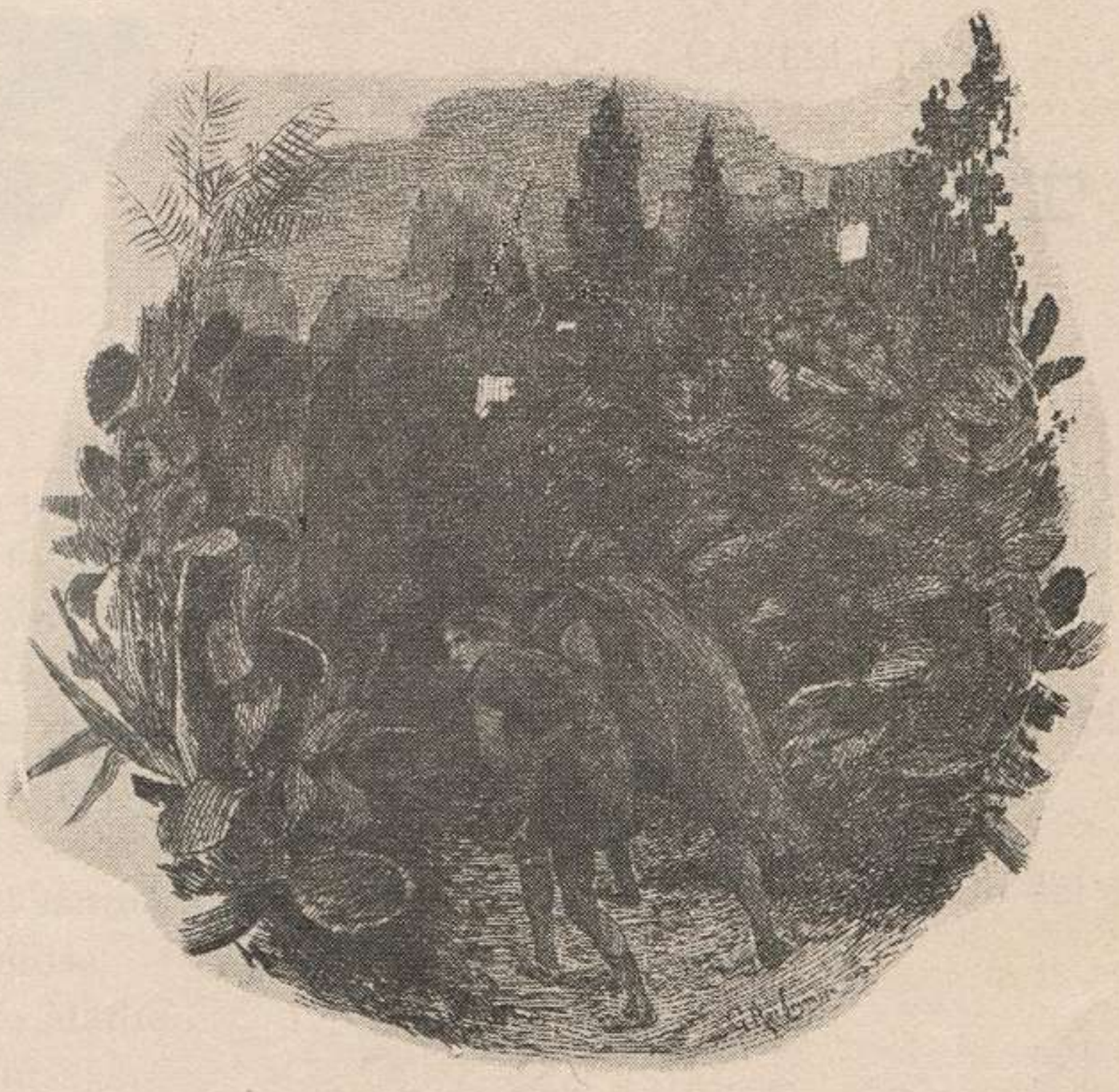
Suma anterior....	$ 3,369 77
Lic. J. López Portillo y Rojas.	25 00
Total....	$ 3,394 77

MCD 2018

—Acuérdate —dijo el antiguo esclavo, y con la mano le señaló el planeta de Chabar que resplandecia.

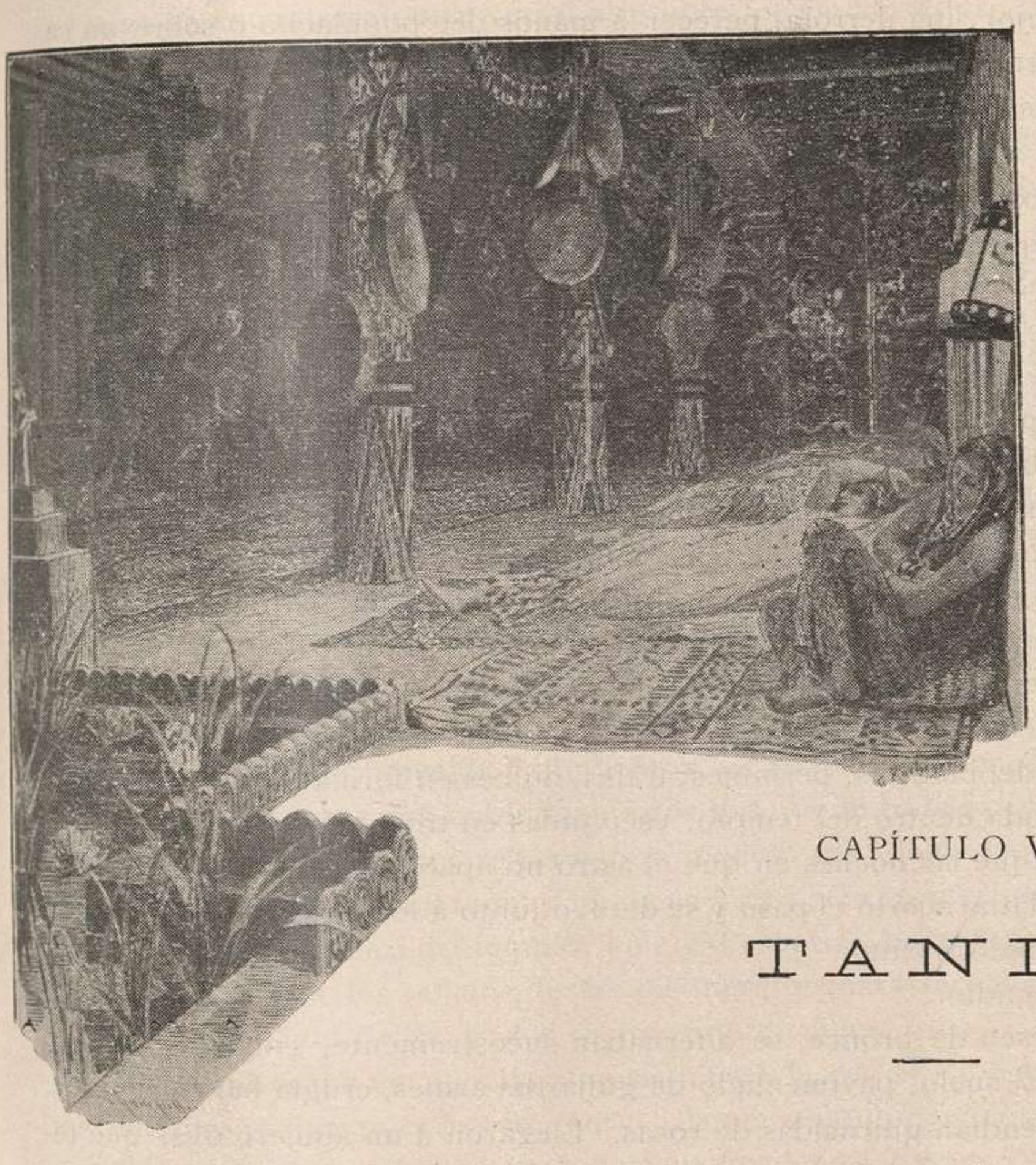
Entonces Matho, silenciosamente, se dirigió hacia el Acrópolis.

Se arrastraron á lo largo de las líneas de nogales que bordeaban los senderos. El agua corria de sus miembros al suelo; sus sandalias mojadas no producían ningún ruido; y Spendio, con ojos brillantes como antorchas, registraba las matas; iba tras de Matho con las manos puestas en los dos puñales que llevaba en los brazos, sostenidos por una argolla de cuero, cerca de los sobacos.



MCD 2018

MCD 2018



CAPÍTULO V

TANIT

Al salir de los jardines les detuvo la muralla de Megara; descubrieron una brecha y pasaron. El suelo formaba pendiente; estaban en una gran plaza.

—Escucha —dijo Spendio,— y no temas; cumpliré mi promesa.....

Se interrumpió; pareció reflexionar y medir sus palabras.

—¿Te acuerdas de aquel día, en que al nacer el Sol, te enseñaba la ciudad hundida bajo nuestros pies? ¡Aquel día éramos fuertes y no quisiste escucharme!

Luego añadió con voz grave:

—Señor, en el sántuario de Tanit, hay un velo misterioso caído del cielo, que envuelve el cuerpo de la diosa.

—Lo sé —dijo Matho.

Spendio añadio:

—Ese velo es divino, pues forma parte de la divinidad. Los dioses viven donde están sus atributos. Cartago es poderosa porque lo posee.

Inclinándose entonces á su oído, agregó:

—¡Te traigo conmigo para robarlo!

Matho retrocedió horrorizado.

—¡Vete! ¡Que otro te ayude! No quiero realizar esa acción execrable.

—Tanit es tu enemiga —replicó Spendio,— te persigue y te matará. Haciendo lo que te digo, podrás vengarte. La diosa te obedecerá. Serás inmortal é invencible.

Matho bajó la cabeza y el otro continuó:

—Sucumbiríamos; el ejército mismo quedaría aniquilado. ¡No podemos huir, ni esperar socorro ni perdón! ¿Qué castigo puedes tener de los dioses, si tienes su fuerza entre

MCD 2018

las manos? ¿Prefieres mejor una derrota, perecer á manos del populacho ó sobre un cadalzo? Señor, un día entrarás en Cartago al igual de los Pontífices que besarán tus sandalias; entonces, si te pesa aún el velo de Tanit, podrás devolverlo á la diosa. Sígueme, vamos á tomarlo.

Un gran deseo devoraba á Matho; hubiese querido apoderarse del velo absteniéndose del sacrilegio. Se decía que quizás no era necesario poseerlo para obtener el poder que confería.

—Vamos —dijo— y se alejaron con paso rápido, uno al lado del otro, sin hablar.

El terreno se elevaba y estaban cerca ya de las casas. Caminaban por callejuelas sumidas en tinieblas. En una plaza veíanse camellos rumiando junto á montones de hierba. Pasaron bajo una galera cubierta de enredaderas. Algunos perros ladraron.

De repente, al ensancharse las paredes, vieron que estaban cerca de la parte occidental de la Acrópolis. Al pie de Byrsa había una gran masa negra: era el templo de Tanit que formaba un conjunto de monumentos y jardines, de patios y antepatios, rodeado de un muro de piedras sobrepuestas. Matho y Spendio salvaron ese muro.

Aquel primer recinto encerraba un bosque de plátanos que se plantó por precaución contra la peste y la infección de la atmósfera. Aquí y allí había tiendas en las cuales se vendían por el día, pastas depilatorias, perfumes, trajes, dulces en forma de luna, é imágenes de la diosa representada dentro del templo, esculpidas en trozos de alabastro.

Nada debían tener, porque las noches en que el astro no aparecía, se suspendían todos los ritos. Sin embargo, Matho acortó el paso y se detuvo junto á los tres peldaños de ébano que conducían al segundo recinto.

—¡Adelante! —dijo Spendio.

Inmóviles, como si fuesen de bronce, se alternaban sucesivamente, granados, almendros, cipreses y mirtos. El suelo, pavimentado de guijarros azules, crugía bajo sus pasos, y á lo largo del camino pendían guirnaldas de rosas. Llegaron á un agujero oval que tenía una reja.

Entonces Matho, á quien espantaba aquel silencio, dijo á Spendio:

—Aquí es donde se mezclan las aguas dulces con las aguas amargas.

—He visto todo eso en la ciudad de Maphu, en Siria —repuso el esclavo.

Por una escalera de seis peldaños de plata subieron al tercer recinto. Un cedro enorme se veía en el centro; sus ramas inferiores desaparecían bajo los collares y las ropas que habían suspendido los fieles. Dieron algunos pasos más y apareció la fachada del templo.

Dos anchos pórticos, cuyos arquitrabes descansaban sobre gruesos pilares, flanqueaban una torre cuadrangular que ostentaba en su plataforma una media luna. En los ángulos de los pórticos y en las cuatro esquinas de la torre se elevaban grandes pebeteros llenos de perfumes. Toda suerte de adornos y dibujos de piedra se veían allí; granados y coloquíntidas recargaban los capiteles; artesonados, losanges y líneas de perlas alternaban sobre los muros, y una barandilla, de filigrana de plata, formaba un ancho semicírculo al frente de la escalera de bronce que bajaba del vestíbulo.

A la entrada, entre una alta aguja de oro y otra de esmeralda, se veía un cono de piedra; Matho, al pasar por allí, se besó la mano derecha.

La primera sala era muy alta é innumerables aberturas dejaban ver el firmamento. Alrededor de la pared, en cestas de cañas, había muchas barbas y cabelleras, primicias de los adolescentes. En el centro de una sala circular, el cuerpo de una mujer salía de un estuche sembrado de pechos femeninos. Gruesa, barbuda y con los párpados bajos, parecía sonreir cruzando las manos en el vientre, liso y afinado por los besos de la multitud.

MCD 2018

Luego se encontraron otra vez al aire libre, en un corredor transversal, donde un altar de proporciones exiguas se apoyaba contra una puerta de marfil. No podía pasarse de allí; solamente los sacerdotes tenían el derecho de abrir esa puerta, pues un templo no es lugar de reunión para la multitud, sino la morada particular de una divinidad.

—La empresa resulta imposible —dijo Matho;— no habías pensado en esto. ¡Volvámonos!

Spendio examinó cuidadosamente los muros. Quería el velo, no porque tuviera fe en su virtud, pues sólo creia en el Oráculo, sino porque estaba persuadido de que al verse privados de él los cartagineses, temerian todo género de desdichas. Para encontrar salida dieron vuelto al altar.

Bajo grupos de terebintos veíanse ediculos de distintas formas. Grandes falas de piedra se elevaban por todas partes y algunos ciervos se paseaban tranquilamente por aquel espacio, empujando con las pezuñas las piñas que habían caído al suelo desde las altas copas de los árboles.

Retrocedieron por otro camino distinto entre dos largas galerías paralelas, de las que se adelantaban unos pabellones. Tamboriles y cimbolos pendían de sus columnas de cedro; algunas mujeres dormían fuera de los pabellones sobre lechos de hojas, y sus cuerpos ungidos con aceites perfumados y ungüentos, exhalaban un olor semejante al de los pebeteros extintos. Estaban tan cubiertas de sortijas, de brazaletes, collares y tatuajes, que sin el movimiento de los senos se las habría tomado por ídolos tendidos en el suelo.

Los lotos rodeaban una fuente donde nadaban peces semejantes á los de Salammbó. En el fondo, sobre el muro del templo, una vid esparcía sus sarmientos de cristal y sus racimos de esmeralda; los reflejos de las piedras preciosas formaban, entre las pintadas columnas, cambiantes de luz en los rostros adormecidos.

Matho se ahogaba en aquella atmósfera pesada con el violento perfume que exhalaban los tabiques y las puertas de cedro. Aquel amontonamiento de símbolos genésicos, aquellos aromas, aquellos alientos perfumados le sofocaban. A través de los deslumbramientos místicos veía á Salammbó; la confundía con la propia diosa y su amor florecía á semejanza de esos grandes lotos que crecen junto á los estanques profundos.

Spendio calculaba el dinero que había ganado en otro tiempo vendiendo mujeres, y con una mirada ávida, avaloraba de paso los collares de oro.

El templo parecía impenetrable. Spendio buscaba sin cesar, y Matho, prosternado ante la puerta, imploraba á Tanit; suplicábale que no permitiera tal sacrilegio, y trataba de persuadirla con frases cariñosas, como se hace con una persona irritada.

Spendio vió sobre la puerta una estrecha abertura.

—¡Levántate! —dijo á Matho, y le hizo poner junto á la pared; luego, subiendo por sus hombros y su cabeza, desapareció bien pronto por el agujero.

A poco, sintió Matho el golpe de una cuerda anudada que caía de lo alto; subió por ella y pronto se encontró cerca de Spendio, en una gran sala obscura.

Semejantes atentados se reputaban imposibles. La falta de vigilancia lo patentizaba. El terror, más que los muros y las rejas, defendía los santuarios. Matho creía morir á cada paso que daba.

Una luz brilló en el seno de las tinieblas; se acercaron á ella. Era una lámpara que ardía en el pedestal de una estatua. Discos diamantinos esmaltaban su amplio ropaje azul y cadenas la agarrotaban los tobillos, fijas bajo las losas. Matho contuvo un grito; balbuceaba: «¡Aquí está! ¡Aquí está!»

Spendio tomó la lámpara para alumbrarse.

—¡Qué impío! —exclamó Matho; pero le siguió.

MCD 2018

La sala en que penetraron no tenía sino una pintura obscura que representaba una mujer. Sus piernas llegaban hasta el techo, ocupado por todo el cuerpo. De su ombligo colgaba un huevo enorme y la cabeza y los brazos caían hacia la pared opuesta, llegando á las losas, donde parecían hundirse los dedos puntiagudos.

Para avanzar todavía más, levantaron una tapicería; pero sopló viento y la lámpara se apagó.

Entonces erraron á la ventura, perdidos en aquel dédalo de piedra. De repente sintieron bajo los pies algo que tenía una extraña suavidad. Chispas deslumbrantes brotaban por doquier; diríase que caminaban sobre fuego. Spendio se inclinó, observando que el suelo estaba cubierto de pieles de lince. Luego les pareció que una cuerda recia, fría y viscosa pasaba entre sus piernas. Por algunas hendiduras de las paredes se filtraban blancas claridades, y adelantaron guiándose con aquellas luces. Por fin vieron una gran serpiente negra que, lanzándose en las tinieblas, desapareció.

—Huyamos! —dijo Matho— ¡Es ella! ¡La he visto! ¡Viene!

—No —contestó Spendio; —el templo está vacío.

Una luz cegadora les hizo bajar los ojos. Advirtieron á su alrededor, en los muros, infinidad de animales demacrados, anhelantes, con las garras prontas á desgarrar, confundidos y amontonados de tal manera que espantaban. Las serpientes tenían pies, los toros alas; pescados con cabezas humanas tragaban frutas; de las quijadas de los cocodrilos emergían flores, y los elefantes, levantada la trompa, pasaban como águilas, orgullosamente en pleno azur. Un esfuerzo terrible distendía sus miembros incompletos ó multiplicados. Parecía que con la lengua quisieran sacar su alma. Todas las formas se hallaban allí, como si el receptáculo de los gérmenes, estallando en ímpetu imprevisto, se hubiera volcado sobre las paredes de la sala.

Doce globos de cristal la alumbraban dispuestos en círculo, sostenidos por monstruos que parecían tigres; sus pupilas eran salientes como los ojos de los caracoles, y encorvando las grupas poderosas miraban hacia el fondo donde resplandecía en un carro de marfil la Rabbet suprema, la Omnifecunda, la Ultima creada.

Escamas, plumas, flores, pájaros, la cubrían hasta el vientre. Llevaba por aretes unos címbalos de plata que golpeaban sus mejillas. Los grandes ojos miraban fijos, y una piedra luminosa, engarzada en un símbolo obsceno, alumbraba toda la estancia, reflejándose en la puerta sobre bruñidos espejos de cobre rojo.

Matho avanzó un paso y una losa cedió bajo sus talones; las esferas rodaron y las fieras rugieron. Una armonía, semejante á la que producen los planetas, girando eternamente en el espacio, se elevó melodiosa y pura: el alma de Tanit se esparcía por el ámbito sagrado. Iba á levantarse, grande como la sala, con los brazos abiertos. De repente los monstruos cerraron las fauces, y los globos de cristal cesaron de girar. Una modulación lúgubre llenó los espacios y se extinguió después.

—¿Y el velo? —dijo Spendio.

No parecía. ¿Dónde estaba? ¿Cómo hallarle? ¿Lo habrían ocultado los sacerdotes? Matho experimentaba una sensación desgarradora, como si su fe se hubiese extinguido.

—Por aquí —dijo Spendio.— Una inspiración lo guiaba. Llevó á Matho hacia una hendidura ancha, de un codo que había en la pared detrás del carro de Tanit, y penetraron en una pequeña sala circular, tan alta de techo que parecía el interior de una columna. En el centro estaba una piedra negra, semiesférica, como un tamboril, de la que surgían llamas; un cono de ébano, con brazos y cabeza, se veía detrás.

Más allá resplandecía como una nube en que refulgían estrellas; entre sus pliegues aparecían mil figuras; Eschumoûn con los Kabyros, algunos monstruos ya vistos, los animales

MCD 2018

MCD 2018

sagrados de los babilonios y otros que ni Matho ni Spendio conocian. El velo pasaba como un manto bajo el rostro del ídolo y volvía á subir extendido hacia la pared, amarillo como la aurora, azul como la noche, purpúreo como el Sol, inmenso, diáfano, centelleante, ligero, sujeto por los ángulos. Era el manto de la diosa, el zaimph sagrado que no podía mirarse.

Ambos palidecieron.

—¡Tómalo! —dijo Matho.

Spendio no vaciló; apoyándose en el ídolo, arrancó el velo que cayó en tierra. Cogiólo Matho, pasó la cabeza por la abertura, se envolvió el cuerpo en él, y extendía los brazos para contemplarlo mejor.

—¡Vámonos! —dijo Spendio.

Matho, respirando con fuerza, permaneció con los ojos fijos sobre las losas.

De pronto exclamó:

—¿Si fuera á verla? ¡Ya no temo su belleza! ¿Qué puede ahora contra mí? ¡Ya soy más que un hombre! ¡Puedo atravesar las llamas! ¡Puedo andar sobre el mar! ¡Salammbó! ¡Salammbó! ¡Soy tu dueño!

Su voz atronaba. A Spendio le pareció más alto y como transfigurado.

Se oyó ruido de pasos; se abrió una puerta y apareció un hombre, un sacerdote, con alto casquete y amplio manto. Tenía los ojos dilatados por el terror.

Antes que hubiese hecho un ademán, Spendio, abalanzándose, le hundió en la espalda sus dos puñales. La cabeza chocó contra las losas.

Inmóviles como el cadáver, permanecieron ambos escuchando. Sólo se oía el murmullo del viento por la puerta entreabierta. Daba ésta á un estrecho corredor. Spendio lo siguió; Matho también, y pronto estuvieron en el tercer recinto, entre los pórticos laterales, donde estaban las habitaciones de los sacerdotes. Spendio, arrodillándose junto á la fuente, lavó sus manos ensangrentadas. Las mujeres dormian, y la vid de esmeralda brillaba. Volvieron á ponerse en marcha

Alguien, bajo los árboles corria detrás de ellos; Matho, que llevaba el velo, sintió varias veces que tiraban de él suavemente. Era un gran cinocéfalo, uno de los que vivian en libertad en el recinto de la diosa. Se asía al manto, como si hubiera tenido conciencia del robo; sin embargo, por temor á que gritase, no se atrevían á pegarle. Luego su cólera se apaciguó y les seguia balanceando el cuerpo y los largos brazos. Al llegar á la barrera subióse á un árbol de un salto.

Cuando hubieron salido del último recinto, se dirigieron al palacio de Hamílcar. Spendio comprendía que era inútil pretender convencer á Matho de lo contrario.

Tomaron por la calle de los curtidores, la plaza de Muthumbal, el mercado de las Hierbas y la encrucijada de Cynasyn. Al doblar una esquina, un hombre retrocedió asustado por aquel objeto centelleante que brillaba en las tinieblas.

—¡Oculta el zaimph! —dijo Spendio.

Otros transeuntes cruzaron por su camino, pero no se fijaron en ellos. Por fin llegaron á las casas de Megara.

El faro que se levantaba á su espalda, al borde del acantilado, iluminaba el cielo con su luz roja y la sombra del palacio con sus terrazas superpuestas, se proyectaba en los jardines como una monstruosa pirámide. Entraron rompiendo con sus puñales el seto vivo que cerraba los jardines.

Todo conservaba aún las huellas del festín de los mercenarios; las plantas pisoteadas, los arroyuelos secos, abiertas las puertas del ergástulo. Nadie se veía junto á las cocinas y bodegas. Les extrañaba aquel silencio, á veces interrumpido por el ronco resoplar de los

MCD 2018

"REVISTA MODERNA DE MEXICO"

MAGAZINE ILUSTRADO.

Subscripción en la ciudad, semestre adelantado ..... $ 3 00
En los Estados y Extranjero „ „ 4 00
Número suelto, en la ciudad 0 60

Propietarios: JESUS E. VALENZUELA y AMADO NERVO.

Director: JESUS E. VALENZUELA. Consultor artístico: JESUS URUETA.

Secretario de Redacción: EMILIO VALENZUELA.

Dirección: Cordobanes núm. 2. Apartado 49 bis.

SUMARIO DEL NUMERO 2.

TEXTO:

Viajes extraordinarios de Sir Job, Duque.—Manuel Gutiérrez Nájera.
Horas de ausencia.—Andrés González Blanco.
La semana. Novelli en la escena.—Luis G. Urbina.
En alta Noche.—Manuel Gutiérrez Nájera.
Sensaciones de viaje.—Alfonso Cravioto.
«La Revista Azul.»
El Peregrino.—Francisco Villaespesa.
La Hermana Magdalena.—Julio Camba.
Vaguedades —Abel C. Salazar.
Á un literato joven —Miguel de Unamuno.
Hojeando estampas viejas.—Amado Nervo.
Choix.—Jesús E. Valenzuela.
¡Oh Manos! . . . .—José de J. Núñez y Domínguez.
Un estudio de Menéndez y Pelayo.
Ofrenda.—Leopoldo Lugones.
Evocación.—Juan Margall.
En el mar.—Alvaro Gamboa Ricalde.
El pasado.—Rafael Leida.
Pájaros de las islas. . . .—Rubén Darío.
Hora de Primavera.—Emilio Carrere.
Para un biombo.—Abel C. Salazar.
Elegía.—F. García-Sanchiz.
Canción de Otoño en Primavera —Rubén Darío.
Libros Nuevos.
«El nuevo Mercurio.»
«Renacimiento.»
Erección de una estatua al Duque Job.
Folletín de la «Revista Moderna »

GRABADOS:

El Juicio Final. Fresco de Miguel Angel.
La creación del hombre „ „

MCD 2018

LAS PILDORAS NACIONALES

SON UN MARAVILLOSO

REMEDIO ANTIPALUDICO

Mucho más eficaz
que la quinina
Contra Calenturas,
Influenza, Debilidad
y Anemia.

No exigen dieta.

A la vez que estimulan el apetito y producen sangre y fuerzas, destruyen todo germen de Malaria ó Paludismo, sin ser purgantes

¡HACEN CORRER A LAS CALENTURAS!

DE VENTA:

En todas las Droguerías y Boticas

Cajas chicas. . . . $0 50

Id. grandes . $1 25

Descuentos Liberales

al Comercio.

Las enviamos

á cualquier parte

Por Correo

FRANCO DE PORTE

A toda persona que lo solicite

le enviaremos "gratis"

un folleto.

Compañía de las Píldoras Nacionales.

Primera de San Francisco Núm. 14.

MCD 2018